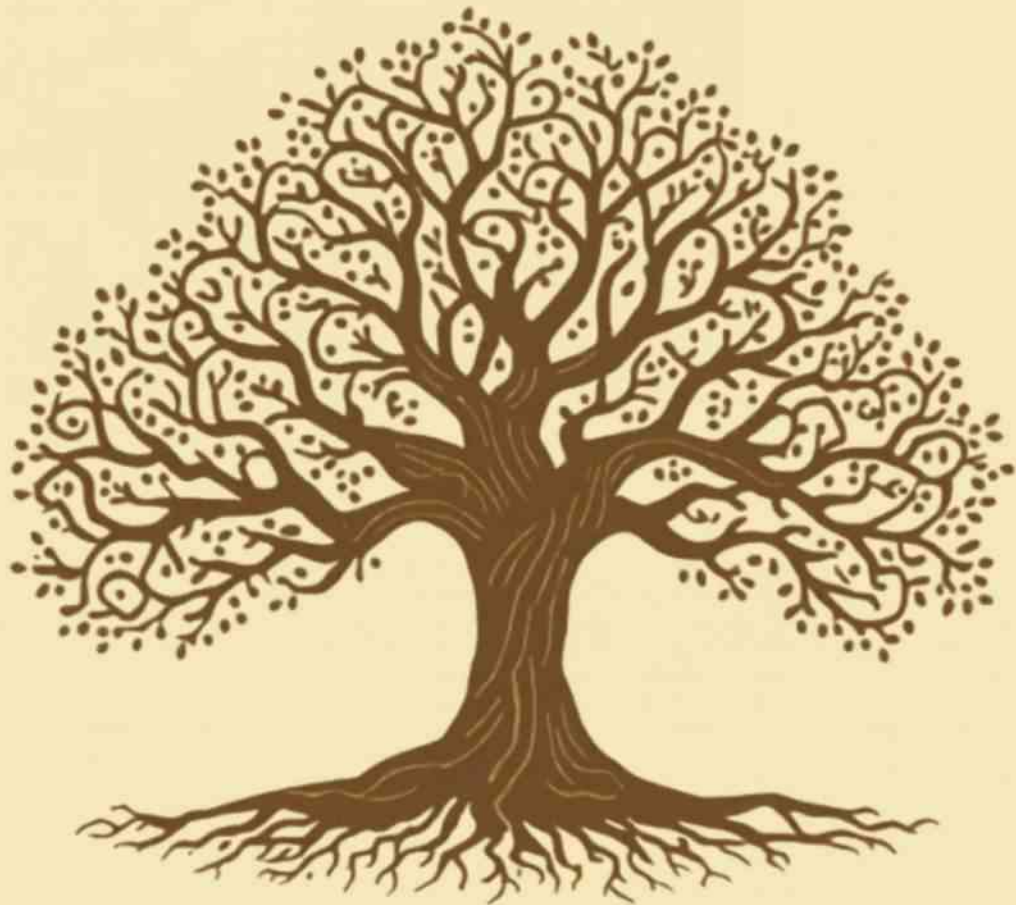


Historia de Salvación

Historia de un pueblo, de una familia

Tema de Estudio 2026-2027



*La historia de la familia en las Sagradas Escrituras,
del Antiguo al Nuevo Testamento.*

Equipo Responsable Internacional
Equipos de Nuestra Señora

ST2026S

**TEMA DE ESTUDIO
EQUIPOS DE NUESTRA SEÑORA
2026-27**

**Historia de salvación, historia de un
pueblo, de una familia**

ERI, FEBRERO 2026

Índice

<i>Presentación</i>	9
Capítulo 1- Creados para la comunión	11
Objetivos	11
Lectura de la Palabra	11
Comentario	12
Un origen	12
Un proyecto a construir	13
Una finalidad de nuestra vida	14
Palabras del Padre Caffarel	15
Preguntas para preparar el diálogo conyugal.....	15
Desarrollo de la reunión	16
Pistas de reflexión para la puesta en común	16
Oración	16
Participación	17
Cambio de impresiones sobre el tema	17
Capítulo 2- La ruptura de la comunión	19
Objetivos	19
Lectura de la Palabra	19
Comentario	20
Un plan truncado por “errar el tiro”.....	20
De ser creados a imagen de Dios a huir de Él.....	21
De ser creados complementarios a la envidia y la avaricia.....	23
Palabras del Padre Caffarel	25
Preguntas para preparar el diálogo conyugal	25
Desarrollo de la reunión	26
Pistas de reflexión para la puesta en común.....	26
Participación	26
Oración	26

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

Cambio de impresiones sobre el tema - Algunas pistas.....	27
Capítulo 3 - Dinámicas de pecado familiar	28
Objetivos	28
Lectura de la Palabra	28
Comentario	29
Abraham: el inicio de una historia herida	29
Jacob y Esaú	30
Jacob, Lía y Raquel: una familia en tensión	31
José y sus hermanos: el círculo se repite por última vez.....	31
José, figura de Cristo	32
Palabras del Padre Caffarel	33
Preguntas para preparar el diálogo conyugal.....	34
Desarrollo de la reunión	34
Pistas de reflexión para la puesta en común	35
Participación	34
La Oración	35
Cambio de impresiones sobre el tema - Algunas pistas.....	36
Capítulo 4 - Retornar a la comunión	37
Objetivos	37
Lectura de la Palabra	37
Comentario	38
La historia de la salvación y el amor fiel de Dios.....	38
Libros proféticos	38
La relación entre monoteísmo y monogamia	39
¡Estamos hechos para la unidad!	40
Oseas, símbolo de fidelidad total	41
Jeremías y la llamada a recordar	41
Ezequiel, el perdón, la fidelidad restauradora	42
Palabras del Padre Caffarel	43
Preguntas para preparar el diálogo conyugal	43

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

Desarrollo de la reunión	44
Pistas de reflexión para la puesta en común	44
Participación	44
La Oración	45
Cambio de impresiones sobre el tema - Algunas pistas	46
Capítulo 5 - Comunión total en el amor	48
Objetivos	48
Lectura de la Palabra	48
Comentario	48
Introducción	48
Sentido del Cantar de los Cantares	49
Originalidad del Cantar de los Cantares	50
El valor absoluto de la mujer	50
Belleza y pureza de la sexualidad	51
La unión personal: equilibrio entre puritanismo y libertinaje.....	51
La sexualidad: don y comunión	51
La sexualidad, lenguaje del amor conyugal	52
El aspecto unitivo	52
El aspecto fecundativo	52
El aspecto lúdico	53
Palabras del Padre Caffarel	53
Preguntas para preparar el diálogo conyugal	54
Desarrollo de la reunión	54
Pistas de reflexión para la puesta en común	54
Participación	54
La Oración	55
Cambio de impresiones sobre el tema - Algunas pistas	55
Capítulo 6 - La familia, corazón del Reino	58
Objetivos	58
Lectura de la Palabra	58

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

Comentario	59
Introducción	59
Comentario	60
El contexto familiar en tiempos de Jesús	60
La experiencia familiar de Jesús	60
Jesús dignifica a los miembros de la familia	61
El padre	61
La madre	62
Los hijos	62
Jesús resitúa el sentido de la familia	63
Palabras del Padre Caffarel	64
Preguntas para preparar el diálogo conyugal	64
Desarrollo de la reunión	65
Pistas de reflexión para la puesta en común	65
Participación	65
La Oración	66
Cambio de impresiones sobre el tema - Algunas pistas	67
Capítulo 7 - La familia evangelizadora	68
Objetivos	68
Lectura de la Palabra	68
Comentario	69
Introducción	69
San Pablo	69
La casa/familia: la ecclesia domestica	70
La ecclesia: una nueva familia en Cristo	71
Familia e Iglesia: “Vivid sometidos unos a otros” (Ef 5,21)	72
“El amor que todo lo sostiene” (1 Cor 13)	74
Palabras del Padre Caffarel	74
Preguntas para preparar el diálogo conyugal	74
Desarrollo de la reunión	75

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

Pistas de reflexión para la puesta en común	75
Participación	76
La Oración	76
Cambio de impresiones sobre el tema - Algunas pistas	78
Capítulo 8 - La transmisión de la fe en la familia	80
Objetivos	80
Lectura de la Palabra	80
Comentario	81
Introducción	81
Comentario Una historia familiar de salvación	82
Transmitir la fe es un mandato	83
La oración en el hogar: fuente de unidad y escuela de vida.....	84
Palabras del Padre Caffarel	86
Preguntas para preparar el diálogo conyugal	86
Desarrollo de la reunión	87
Pistas de reflexión para la puesta en común	87
Participación	88
La Oración	88
Cambio de impresiones sobre el tema - Algunas pistas	90
Capítulo 9 - Balance	91
Propuesta	91

Presentación

El Equipo Responsable Internacional propone a todos los Equipos del mundo para el tercer año del periodo 2024-2030 un tema de estudio que está basado en una reflexión sobre la familia en la Sagrada Escritura que sigue profundizando en las orientaciones que presentamos en el Encuentro Internacional de Turín, “Llamados a vivir en comunión”. Este tercer año y tal como expusimos entonces, queríamos ahondar en la orientación: **“Llamados a vivir en comunión en familia”**. Agradecemos al equipo de redacción de la SR España el habernos presentado un texto que nos ayudará a redescubrir nuestra vida matrimonial y familiar, como lugar privilegiado de la acción de Dios, como espacio donde Él sigue escribiendo hoy su historia de amor a la Humanidad.

A lo largo de estos meses recorreremos la gran historia de la salvación tal como se nos presenta en la Sagrada Escritura, descubriendo que no es una narración lejana o ajena, sino un espejo en el que se refleja nuestra propia experiencia como esposos, padres, hijos y miembros de un equipo. La historia de la salvación es, desde el principio, historia de un pueblo y de una familia. Y por eso, nuestra propia historia —con sus luces y sombras— puede convertirse también en lugar de encuentro con Dios.

Toda historia, cuando es mirada con fe, puede convertirse en historia de salvación. No hablamos de una historia ideal ni perfecta, sino de una historia real, tejida de encuentros y rupturas, de fidelidades y fragilidades, de búsquedas sinceras y de errores que nos hieren. Es precisamente ahí, en lo concreto y cotidiano, donde Dios elige entrar para revelarse y salvar. La Biblia nos muestra que Dios no actúa al margen de la historia humana, sino dentro de ella, eligiendo familias reales, marcadas por límites y pecados, para llevar adelante su proyecto de comunión.

Es un itinerario en 8 capítulos que se inicia en las primeras páginas del Génesis, en donde contemplamos cómo hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, llamados a la comunión, a la complementariedad y a la fecundidad. Desde ahí, nos adentramos sin miedo en la realidad del pecado, no como una simple falta moral, sino como una ruptura profunda que hiere nuestra identidad, nuestras relaciones y nuestra capacidad de amar. La Palabra nos ayudará a reconocer las dinámicas de pecado que atraviesan la historia familiar —comparaciones, rivalidades, silencios, heridas heredadas— y a descubrir cómo Dios no se cansa de intervenir para abrir caminos de reconciliación.

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

A lo largo del recorrido, veremos también cómo el amor fiel de Dios se manifiesta con especial fuerza en la imagen del matrimonio y de la alianza. Los profetas nos revelan a un Dios que ama como esposo, que permanece fiel incluso cuando es rechazado, y que siempre ofrece la posibilidad de volver a empezar. Esta mirada ilumina de un modo nuevo nuestra propia vocación matrimonial: estamos hechos para la unidad, para un amor único, fiel y total, que refleja el amor mismo de Dios.

El itinerario nos conducirá también a contemplar la familia como corazón del Reino, como lugar donde Jesús quiso crecer y desde donde dignificó todas las relaciones humanas. La familia aparece así no solo como destinataria de la salvación, sino como sujeto activo de la misión, llamada a ser Iglesia doméstica y espacio de evangelización. En este contexto, la transmisión de la fe ocupa un lugar central: no como una tarea técnica o moralizante, sino como un testimonio que se comunica a través de la vida, de la oración compartida, del perdón y de la coherencia cotidiana. Proponemos también al final del temario, un tiempo de balance, para releer el camino recorrido, agradecer lo vivido, reconocer los frutos y abrirnos con confianza a lo que el Señor ha hecho y seguirá haciendo en nuestra vida personal, conyugal y de equipo.

Este tema de estudio no pretende ofrecernos respuestas prefabricadas ni modelos ideales de familia. Quiere, más bien, ayudarnos a mirar nuestra propia vida con los ojos de Dios, a reconciliarnos con nuestra historia y a descubrir que, incluso allí donde percibimos límites o heridas, Dios sigue actuando con fidelidad y esperanza. Como matrimonios de Equipos de Nuestra Señora, caminamos juntos convencidos de que no estamos solos, de que la gracia del sacramento nos sostiene y de que el Señor sigue haciendo nuevas todas las cosas.

Que este recorrido nos ayude a renovar nuestra fe, a fortalecer nuestra comunión y a dejarnos transformar por Aquel que sigue escribiendo hoy, su historia de salvación en el corazón de nuestras familias.

Mercedes Gómez-Ferrer y Alberto Pérez

Responsables Internacionales Equipos de Nuestra Señora

Capítulo 1

Creados para la comunión

«A imagen de Dios los creó»

Gn 1, 26-31

Objetivos

1. Contemplar nuestro origen “creados a imagen y semejanza de Dios”
2. Agradecer el camino que se nos ha regalado para vivir en complementariedad “Varón y mujer los creó”
3. Aceptar la misión que se nos ofrece de ser fecundos, entendida más allá de la paternidad/maternidad física

Lectura de la Palabra

Lectura del libro del Génesis 1, 26-31

²⁶Dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que domine los peces del mar, las aves del cielo, los ganados y los reptiles de la tierra». ²⁷Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó. ²⁸Dios los bendijo; y les dijo Dios: «Sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven sobre la tierra». ²⁹Y dijo Dios: «Mirad, os entrego todas las hierbas que engendran semilla sobre la superficie de la tierra y todos los árboles frutales que engendran semilla: os servirán de alimento. ³⁰Y la hierba verde servirá de alimento a todas las fieras de la tierra, a todas las aves del cielo, a todos los reptiles de la tierra y a todo ser que respira». Y así fue. ³¹Vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno. Pasó una tarde, pasó una mañana: el día sexto.

Comentario

El texto bíblico nos regala tres luces en torno a la familia, que dan respuesta a tres preguntas: nuestro origen, el camino que se nos invita a vivir, la finalidad de nuestra vida.

Un origen

“Dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza.”

De los mil propósitos que podemos hacernos en la vida, el más importante siempre será “ser yo mismo”, que toda mi vida esté orientada desde mi ser más profundo.

Si estoy hecho a imagen y semejanza de Dios, y Dios es amor, entonces mi identidad más profunda no depende de lo que haga, de lo que tenga o de lo que los demás piensen de mí. En mi propio ser, antes de cualquier logro o fracaso, estoy llamado a vivir desde esta verdad: soy amor y soy para amar.

Los desastres más terribles y la traición más devastadora de la vida siempre parten de la tentación de dejar de ser quien verdaderamente soy, comenzando por no aceptarme: “no valgo la pena”, “no puedo ser querido así”, “mi historia, mi cuerpo, mi vida... están mal hechos”.

Si yo no creo que tengo valor único en mí mismo más allá de mis cualidades o mis valores, intentaré buscarlo subrayando mi ego, encerrándome en mí mismo, exigiendo que se me reafirme, esperando de los demás lo que solo yo puedo darme, viendo a todos como enemigos que no cumplen mis expectativas... y especialmente ese dolor lo dirigiré hacia mi Padre Dios, porque Él es el responsable último del desastre que soy y que es mi vida, o en el mejor de los casos, no le echaré las culpas a Él, pero no me veré digno de ser querido por Él.

Seguramente cuando hemos escuchado la parábola de la “Perla preciosa”¹, desde una interpretación más “moralista” del Evangelio hemos pensado que nosotros somos el comerciante y que esta parábola nos está invitando a venderlo todo por el Reino de Dios. Pero, ¿y si hubiera otra explicación? ¿Y si tú fueras la perla preciosa y Jesús fuera el comerciante que lo ha vendido todo, hasta su sangre para comprarte? Cómo cambia ¿verdad?

Pues es así, tú eres la perla preciosa, por la que el propio Dios entregó a la muerte a su hijo para comprarte y rescatarte de lo que no eres tú, del no amor. Porque si eres amor, el no amor, no te afecta solamente moralmente sino que te rompe en el propio ser.

¹ “El Reino de los cielos se parece también a un comerciante de perlas finas, que al encontrar una de gran valor se va a vender todo lo que tiene y la compra” (Mt 13, 45-47)

Crear esto nos da la capacidad de poder entregarnos, sin necesidad de ir buscándonos, exigiendo auto reafirmación, requiriendo que se nos quiera siempre y en cada momento... reconocer esto nos posibilita reorientar nuestro proyecto conyugal y familiar.

Cuando olvidamos que estamos creados a imagen y semejanza de Dios y exigimos que el otro llene lo que no puede

Un proyecto a construir

“Varón y mujer los creó”

“Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó”, es sorprendente leer este versículo, escrito hace miles de años y que proclama solemnemente la igualdad intrínseca entre el varón y la mujer. En este punto es importante matizar que la palabra “hombre”, en este versículo, se contrapone a la de varón, refiriéndose a la humanidad, y no al hombre-varón en sí mismo.

Sorprende que el versículo utilice la conjuntiva “y”, y no la disyuntiva “o”, que parece que sería lo normal... los creó “varón o mujer”, de esta manera Dios deja claro que ha querido que el ser como Él no sea exclusivo de un individuo solo y completo, “uno u otro”, sino que sea el fruto de la complementariedad de dos, varón y mujer, uno y otro, es decir, que la imagen de Dios se expresa, se encarna, y se hace visible en la unión entre el varón y la mujer, en la comunión y diferencia de ambos, no en un solo individuo. La masculinidad habla de Dios y la feminidad habla de Dios.

El hecho de que seamos iguales en dignidad no supone que seamos iguales entre nosotros. Al revés, siendo diferentes, y viviendo esa diferencia como complementariedad es cuando somos realmente “imagen de Dios”. Siendo el matrimonio el lugar que está llamado a que las diferencias se conviertan en posibilidad de complementariedad creativa y no en fuente de rivalidad.

El encuentro con el otro trabaja nuestro corazón para que dé frutos abundantes. De la misma manera que la tierra necesita del trabajo del ser humano para que dé fruto, el ser humano necesita del encuentro con un “tú” que le confronte para sacar lo mejor de sí mismo. Todos tendemos a acomodarnos, a expandir nuestro yo sin miramiento, sin orden, y para eso Dios nos ha regalado al otro, para que nos ponga límites. Límites que nos definen e impiden que dejemos de ser nosotros mismos.

Una finalidad de nuestra vida

“Dios los bendijo; y les dijo Dios: «Sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla”.

Comenzamos reconociendo que la radical diferencia del ser humano con el resto de la creación es que el ser humano entra en diálogo con Dios, Dios puede hablar con ellos y ellos le responden: Así con el diálogo, mediante la palabra creadora, Dios da a la pareja la capacidad de dar vida.

Cuando hablamos de fecundidad no hablamos solamente de procreación, porque todo “varón y mujer” es fecundo, es capaz de dar vida y está llamado a llenar de vida el mundo. Nuestra fecundidad, aunque no sea biológica, está garantizada.

Seguramente cuando leemos “someted”, nos saltarán las “alarmas culturales” y pensaremos que eso habría que reescribirlo, pero hemos de entender el señorío del ser humano como una posición concedida por Dios para que sirva al ordenamiento divino, como una potestad de servicio, de buen gobierno, y de amor. Bendito sometimiento, si es en el amor.

Dios nos ha hecho semejantes a Él en el gobierno y servicio de la creación, nos ha posibilitado dominar algo para ejercer este gobierno, que debemos cuidar en el amor y la justicia: yo domino las relaciones sociales, yo domino el delegar y crear equipos eficaces, yo domino las situaciones complejas... Todos tenemos un gobierno que ejercer, todos tenemos alguien de quien ocuparnos, porque a todos se nos ha concedido alguien al que debemos estar atentos y es así como ejercitamos nuestra semejanza a Dios.

Trabajar, aunque a veces nos cueste, es hermoso en sí mismo... y si no, hablemos con un desempleado... y no sólo por el tema económico. Una persona empieza a venirse abajo cuando siente que ya nadie lo necesita, que “no sirve”, porque se nos ha creado para ser fecundos, para generar vida y para servir a los demás, para guardar a los otros... yo me caso para servir y guardar a mi esposo y esposa, para ser fecundo como matrimonio (aunque no tenga hijos), para en nombre de Dios desarrollar la obra de la creación.

La familia tiene como misión generar vida, de hecho, nuestro camino natural es pasar de ser hijo/hija, a ser hermano/hermana, y terminar siendo padre/madre. Y en este punto nuestra sociedad, con un gran complejo de Peter Pan, parece que conduzca a que no dejemos de ser hijos, de pedir, de exigir, de recibir, de ser cuidados... primero por mis padres, luego por mi esposo/esposa, más tarde igual hasta por mis hijos y sobre todo por la sociedad que me lo tiene que dar todo.

La paternidad/maternidad... ser fecundos, engendrar vida, gobernar... requiere la pérdida de sí mismo, acabar con la autorreferencialidad. Faltan padres y madres capaces de vivir su vocación. Nos faltan adultos que dejen de preguntarse ¿quién soy? para empezar a preguntarse ¿para quién soy? Porque al final la única alegría es la que procuramos a los demás, dando la vida y muriendo a nosotros mismos.

Palabras del Padre Caffarel

“Dijo Dios, pareja cristiana, eres mi orgullo y mi esperanza. Cuando creé el cielo y la tierra y en el firmamento las grandes luminarias, vi en mis criaturas vestigios de mis perfecciones y encontré que era bueno. Cuando hube recubierto la tierra con su gran manto de campos y de bosques, vi que aquello era bueno. Cuando hube creado los innumerables animales según su especie, contemplé en esos seres vivos y exuberantes, un reflejo de mi vida desbordante y encontré que todo era bueno. De toda mi creación subía entonces un gran himno solemne y gozoso, celebrando mi gloria y mis perfecciones. Y no obstante en ninguna parte veía lo que es la imagen de mi vida más secreta, más ferviente. Entonces surgió en mí el deseo de revelar lo mejor de mí mismo y fue mi más bella invención. Fue así que te creé, pareja humana, “a mi imagen y semejanza” y esta vez vi que era muy bueno. En medio de este universo en el que cada criatura deletrea mi gloria, celebra mis perfecciones, finalmente había surgido el amor para revelar el Amor. Pareja humana, mi criatura bien amada, mi testigo privilegiado ¿Comprendes por qué eres la más querida entre todas las criaturas? ¿Comprendes la esperanza inmensa que he puesto en ti? Eres portadora de mi reputación, de mi gloria, eres para el universo la gran esperanza... porque tú eres el amor”

Henri Caffarel, *Los equipos frente al ateísmo*, 5 de mayo de 1970. Roma

Preguntas para preparar el diálogo conyugal

Estar llamado a vivir el proyecto de ser a imagen y semejanza de Dios, significa acoger nuestro origen y entender el camino.

- En el aspecto personal, ¿En qué medida te defines como hijo de Dios, más allá de lo que haces, puedes hacer, vives o esperan de ti? ¿En qué momentos te das cuenta de ello? ¿cómo puedes avanzar en el reconocimiento real de tu ser más profundo?
- En la relación con tu esposo o esposa, o en general con los demás, ¿Vives las diferencias como una posibilidad de

complementarse o como una dificultad para caminar juntos? Puedes poner algún ejemplo. ¿Qué experiencia tienes de que la relación con el otro saca lo mejor de ti mismo? ¿Puedes compartir situaciones en las que ves que el demonio busca hacer de sus diferencias un motivo de enfrentamiento y ruptura? ¿Qué “antídoto” usas en ese momento?

- Mira tu vida y reconoce en ella la experiencia que tienes como matrimonio y familia de ser generador de vida, aunque no tengas hijos ¿En qué reconozco que mi vida es para ser “cuidador de otros”? ¿En qué me cuesta vivirlo?

Desarrollo de la reunión

Pistas de reflexión para la puesta en común

La puesta en común es un momento muy especial en la vida del equipo. Es la oportunidad de poder compartir, desde una profundidad inusual en el día a día, lo vivido en el mes desde una mirada de fe.

Quedarnos en lo que nos ha pasado sin más, es verdad que nos ayuda a conocernos, pero no nos ayuda a salir del bucle de la inmediatez, y de la superficialidad que la vida nos suele instalar.

En lo que nos ha pasado este mes ¿cómo hemos vivido en lo concreto, o cómo nos ha costado vivir el ser “imagen y semejanza de Dios»?

Oración

Lectura del libro del Génesis, 2, 18-24

“El Señor Dios se dijo: «No es bueno que el hombre esté solo; voy a hacerle a alguien como él, que le ayude». Entonces el Señor Dios modeló de la tierra todas las bestias del campo y todos los pájaros del cielo, y se los presentó a Adán, para ver qué nombre les ponía. Y cada ser vivo llevaría el nombre que Adán le pusiera. Así Adán puso nombre a todos los ganados, a los pájaros del cielo y a las bestias del campo; pero no encontró ninguno como él, que le ayudase. Entonces el Señor Dios hizo caer un letargo sobre Adán, que se durmió; le sacó una costilla, y le cerró el sitio con carne. Y el Señor Dios formó, de la costilla que había sacado de Adán, una mujer, y se la presentó a Adán. Adán dijo: «¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne! Su nombre será “mujer”, porque ha salido del varón». Por eso abandonará el varón a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne”. Gn 2, 18-24

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

- En un momento de silencio agradezcamos al Señor el don que nos ha concedido en nuestro cónyuge.
- Pidamos al Señor el don de ser realmente “una sola carne”, complementando nuestras vidas.
- Quien lo desee puede compartir la oración siguiente. “Le pido al Señor reconocer en mi marido/esposa... una ayuda a mi debilidad”.

Terminamos la oración con el Padre Nuestro

Participación

Les proponemos algunas pistas para la participación. Como todo lo demás, úsenlo en la medida que les ayude.

Reconocer que somos imagen y semejanza de Dios en el día a día no es fácil, todo nos parece decir lo contrario: “eres fruto de la casualidad”, “eres un conjunto de átomos”, “el otro es mejor que tú, ¿no te das cuenta?”, “tu vida no sirve de nada”, “esto es un pasar de días sin más” ...

Por eso los puntos de esfuerzo se convierten en la ayuda necesaria para poder recordar, interiorizar y vivir nuestro ser más profundo.

La escucha de la Palabra nos introduce en la bendición, ilumina nuestra vida, entra hasta lo más profundo del corazón para guiar, levantar, sanar.

La oración conyugal nos pone delante de quien nos une, y así renueva nuestra identidad de ser imagen del amor de Aquel en quien nos ponemos delante los dos al orar.

El diálogo conyugal nos ayuda a convertir la diferencia en complementariedad, a mirarnos con la mirada de Dios, a reconocernos como un regalo.

¿En qué cosas concretas vivimos así los puntos de esfuerzo?

Cambio de impresiones sobre el tema

¿Qué les ha llamado la atención de este tema? ¿Ha habido algo que les ha ayudado especialmente?

En la sociedad occidental del Siglo XXI se hace mucho hincapié en todos los aspectos de igualdad entre hombres y mujeres. En muchos países hay hasta ministerios dedicados a este tema. Esta cultura de la “igualdad”, sin embargo, genera falsos modelos igualitarios, basados en la estricta observancia del

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

reparto de tareas domésticas y familiares, sin atender, precisamente, a nuestras especificidades y diferencias, que fueron las que nos cautivaron y nos enamoraron del otro. Es decir, nos invitan a olvidarnos de que somos diferentes y complementarios, tal y como Dios nos creó y ponen todo el acento en la igualdad radical. La experiencia de muchísimas familias pone en cuestión la eficacia de vivir este aspecto de manera beligerante, llevando a conflictos basados en la exigencia y totalmente de espaldas al amor. Según esta reflexión

¿Cómo viven en su matrimonio la diferencia como una verdadera complementariedad? ¿Qué dificultades encuentran?

El sacramento que nos une tiene vocación de eternidad, por lo que debemos ser siempre muy cuidadosos en nuestra relación con todo aquello que nos pueda herir. ¿Qué cosas vemos que cuidan nuestro “para siempre”? ¿Qué cosas vemos que lo ponen en peligro?

Capítulo 2

La ruptura de la comunión

“Oí tu ruido en el jardín, me dio miedo”

Gn 3, 10

Objetivos

1. Entender el concepto de pecado como categoría teológica
2. Reconocer la dinámica del pecado
3. Constatar cómo el pecado rompe nuestra comunión matrimonial, familiar y de equipo

Lectura de la Palabra

Lectura del libro del Génesis 3, 1 -12

¹La serpiente era más astuta que las demás bestias del campo que el Señor había hecho. ²Y dijo a la mujer: «¿Conque Dios os ha dicho que no comáis de ningún árbol del jardín?». ³La mujer contestó a la serpiente: «Podemos comer los frutos de los árboles del jardín; pero del fruto del árbol que está en mitad del jardín nos ha dicho Dios: “No comáis de él ni lo toquéis, de lo contrario moriréis”». ⁴La serpiente replicó a la mujer: «No, no moriréis; ⁵es que Dios sabe que el día en que comáis de él, se os abrirán los ojos, y seréis como Dios en el conocimiento del bien y el mal». ⁶Entonces la mujer se dio cuenta de que el árbol era bueno de comer, atrayente a los ojos y deseable para lograr inteligencia; así que tomó de su fruto y comió. Luego se lo dio a su marido, que también comió. ⁷Se les abrieron los ojos a los dos y descubrieron que estaban desnudos; y entrelazaron hojas de higuera y se las ciñeron. ⁸Cuando oyeron la voz del Señor Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa, Adán y su mujer se escondieron de la vista del Señor Dios entre los árboles del jardín. ⁹El Señor Dios llamó a Adán y le dijo: «¿Dónde estás?». ¹⁰Él contestó: «Oí tu ruido en el jardín, me dio

miedo, porque estaba desnudo, y me escondí». ¹¹El Señor Dios le replicó: «¿Quién te informó de que estabas desnudo?, ¿es que has comido del árbol del que te prohibí comer?». ¹²Adán respondió: «La mujer que me diste como compañera me ofreció del fruto y comí».

Comentario

Un plan truncado por “errar el tiro”

En el tema anterior reflexionamos y compartimos las grandes verdades de nuestra vida:

En las dos primeras páginas del Génesis, el relato sobre el sentido de nuestro origen nos cuenta el deseo de Dios y su plan original: nuestro origen, camino y finalidad. Pero ésta no es nuestra realidad. Nuestro origen está desdibujado, se han abierto infinitud de pseudo caminos, la finalidad de nuestra existencia se ha hecho autorreferencial, y nos ha provocado un vacío existencial, muchas veces insoportable. ¿Qué nos ha pasado?

Miramos a nuestro alrededor y vemos guerras, división, tristeza, caos, desesperación, suicidio, rechazo de Dios, egoísmo, autosuficiencia, vacío.... ¿Dónde está el plan original de Dios?

La respuesta parece evidente: el pecado ha entrado en nuestra vida. Es una palabra utilizada tanto por los cristianos como por la sociedad, incluso por quienes se declaran contrarios a la fe. Sin embargo, es un término muy manoseado y, a menudo, despojado de su significado original y profundo.

La palabra “pecado” (hamartía) significa literalmente “errar el tiro”, no alcanzar el objetivo.

Si hemos sido creados para la comunión con Dios, el pecado no puede entenderse sólo en clave moral. Es, ante todo, aquello que nos hace olvidar quiénes somos y para qué vivimos.

El pecado desdibuja nuestro origen, nos confunde en el camino y nos hace perder de vista la finalidad de nuestra vida. Por ello, nos conviene recuperar una lectura ontológica y relacional de esta palabra, porque, en definitiva, el pecado ataca a nuestro ser más profundo y nos separa de nosotros, de los demás y especialmente del Amor de Dios.

Por eso, si nos acercamos con este sentido al pecado, veremos que esta ruptura distorsiona el plan original de Dios. Él, que había deseado y creado comunión, se encuentra con el pecado que infringe una ruptura profunda:

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

- La unidad plena entre varón y mujer va a ser herida por la división.
- La fraternidad va a ser atacada por la comparación, la queja y el desprecio al otro, hasta la muerte.
- La posibilidad de construir juntos va a ser aniquilada por querer “hacernos un nombre” que nos divide como sociedad.

El texto bíblico del Génesis no intenta tanto explicar el pasado de lo que ocurrió, sino iluminar el presente que estamos viviendo. Nos ayuda a entender y gestionar nuestro ahora.

Comencemos imaginando a Adán y a Eva disfrutando de la vida, acogiendo con alegría sus primeros días: todo era para ellos, la tierra daba frutos, vivían con una paz absoluta... era “El paraíso”.

De ser creados a imagen de Dios a huir de Él

Gn 3, 1: ¹La serpiente era más astuta que las demás bestias del campo que el Señor había hecho.

Aparece un personaje nuevo: la serpiente. Este animal del “desierto” es una clase de serpiente pequeña, escurridiza, poco visible, que pasa desapercibida y que la Sagrada Escritura dice de ella que era el más astuto de los animales. Su inteligencia estratégica espera a que Eva esté sola. Seguramente si Adán y Eva hubieran estado juntos, hubieran vencido, pero cualquiera de los dos por separado estaba llamado a dejarse engañar.

Gn 3, 2: ²Y dijo a la mujer: «¿Conque Dios os ha dicho que no comáis de ningún árbol del jardín?».

Parece como si el demonio hubiera tenido un despiste y se hubiera confundido, pero en realidad le está diciendo subliminalmente, dejándoselo caer en el subconsciente: «si no les deja comer de un árbol es como si no les dejara de ninguno, porque lo que hace es quitarles la libertad»

Gn 3, 3- ³La mujer contestó a la serpiente: «Podemos comer los frutos de los árboles del jardín; pero del fruto del árbol que está en mitad del jardín nos ha dicho Dios: “No comáis de él ni lo toquéis, de lo contrario moriréis”»

La serpiente comienza a hablar con Eva con medias verdades, sembrando la duda, obligando a justificar a Dios... y Eva entra a dialogar con el mal desde una gran ingenuidad, dejándose engañar.

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

Dios hizo “toda clase de árboles hermosos para la vista y buenos para comer; además, el árbol de la vida en mitad del jardín”, por lo que no es cierto lo que dice Eva: “del fruto del árbol que está en mitad del jardín nos ha dicho Dios: “No comáis de él ni lo toquéis, de lo contrario moriréis”. Lo que Dios dijo fue: «Puedes comer de todos los árboles del jardín, pero del árbol del conocimiento del bien y el mal no comerás”. Por lo tanto, no es verdad que Dios no quiera que comamos de lo que nos da vida, de lo que está en el centro, sino que nos está protegiendo.

El mandato de Dios nos previene de la incapacidad de conocerlo todo, nos hace caer en la cuenta de que, si me empeño en conocer las cosas en su totalidad para amarlas, “moriré”, porque siempre habrá cosas, situaciones, y personas, que no llegaré a conocer y que me exigirán que ame más allá de entender.

La serpiente hace ver a Eva que lo que Dios ha ordenado ha sido una prohibición y no una defensa. Es como si dices a tu esposo: recuerda que si tomas café ahora no vas a dormir, y él lo entiende como una prohibición.

Desde este planteamiento se saca con mucha facilidad la experiencia más dura y la mentira más aterradora: «DIOS NO TE QUIERE”, te ha prohibido que comas para que no seas feliz.

Gn 3, 4-. ⁴La serpiente replicó a la mujer: «No, no moriréis; ⁵es que Dios sabe que el día en que comáis de él, se os abrirán los ojos, y seréis como Dios en el conocimiento del bien y el mal».

La serpiente, además de poner en tela de juicio la intención de Dios, lleva a Eva a obsesionarse por un árbol, uno solo de todo un paraíso. Le hace entender que su pecado no tendrá repercusiones, más aún, le hace creer que tendrá una mejor vida, que ella está incompleta, y que sólo será feliz si es como Dios, aunque sea sin Él: “Dios sabe que el día en que comáis de él, se os abrirán los ojos, y seréis como Dios”

A partir de este momento, Eva entra en duda, deja de ver a Dios como el Padre providente que cuida y empieza a verlo como alguien ante quien se tiene que defender, empieza a ansiar un mundo ideal (no olvidemos que estaba en el paraíso), y a concluir que Dios no le quiere, que no quiere su bien, que ella se merece más y que está siendo engañada.

Gn 3, 6 - ⁶Entonces la mujer se dio cuenta de que el árbol era bueno de comer, atractivo a los ojos y deseable para lograr inteligencia; así que tomó de su fruto y comió. Luego se lo dio a su marido, que también comió.

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

El pecado se nos muestra como algo estupendo: Reafirmante, sé feliz, defiéndete, haz lo que te apetezca, disfruta... Eva “se dio cuenta de que el árbol era bueno de comer, atrayente a los ojos y deseable para lograr inteligencia; así que tomó de su fruto y comió”, pero justo esas cualidades las tienen todos los árboles, ya que Dios hizo: “toda clase de árboles hermosos para la vista y buenos para comer”, no necesitaba comer justo de ese árbol, pero alguien le había hecho obsesionarse con él.

Gn 3,7- ⁷Se les abrieron los ojos a los dos y descubrieron que estaban desnudos; y entrelazaron hojas de higuera y se las ciñeron. ⁸Cuando oyeron la voz del Señor Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa, Adán y su mujer se escondieron de la vista del Señor Dios entre los árboles del jardín.

El hombre experimenta la desnudez. Antes ya estaba desnudo, pero eso no le afectaba porque se sentía protegido por Dios. ¡Ahora que ha roto con Dios, está SOLO! Experimenta el vacío existencial. Intentará tapar ese vacío, ese hoyo profundo con las cosas, con los afectos («...y cosiendo hojas de higuera se hicieron unos ceñidores.»), Esto lo lleva a alienarse como forma de esconderse de la realidad que da miedo, pero no impedirá que siga sintiendo una profunda inseguridad. el hombre y su mujer se ocultaron por entre los árboles del jardín...» y le responderá a Dios «tuve miedo porque estoy desnudo; por eso me escondí»).

Gn 3, 12- ¹²Adán respondió: «La mujer que me diste como compañera me ofreció del fruto y comí».

Inmediatamente aparece el sentimiento de culpa y el egoísmo, la condenación a quererse sólo a sí mismo y vivir siempre dentro del círculo, y el hombre que amaba a su mujer como a sí mismo (acababa de decir “ésta es carne de mi carne”) no titubea en acusarla para que Dios la castigue y salvarse él: Por eso, cuando tienen una discusión, la culpa siempre es del otro: el novio dice que es culpa de la novia..., los hijos dicen que es de sus padres que son unos anticuados, los trabajadores dicen que del jefe que es un tirano, los desempleados dicen que es del gobierno, etc.

De ser creados complementarios a la envidia y la avaricia.

Gn 4, 3-5a ³Pasado un tiempo, Caín ofreció al Señor dones de los frutos del suelo; ⁴también Abel ofreció las primicias y la grasa de sus ovejas. El Señor se fijó en Abel y en su ofrenda, ⁵pero no se fijó en Caín ni en su ofrenda;

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

Este proceso de ruptura no es casual. Todo comienza con una comparación, y más allá de si el resultado es favorable o desfavorable, la comparación en sí misma rompe la grandeza de nuestra identidad propia e insustituible y nos hace sentirnos tratados injustamente. Esa experiencia puede nacer de creer que yo no valgo la pena, por lo que, al mirar a mi alrededor, siento envidia del otro y quiero lo que el otro tiene y yo no creo tener.

En el caso de Caín, este ofrece “frutos”, pero no las primicias. No es lo mismo. Cuando entrego las primicias de algo me quedo sin nada, porque cuando entrego lo primero no sé si habrá segundo. Abel entrega las primicias, se fía, se queda sin nada delante de Dios, Caín entrega frutos, sin más.

Gn 4, 3-^{5b} Caín se enfureció y andaba abatido. ⁶El Señor dijo a Caín: «¿Por qué te enfureces y andas abatido? ⁷¿No estarías animado si obraras bien?; pero, si no obras bien, el pecado acecha a la puerta y te codicia, aunque tú podrás dominarlo».

En este momento es fácil entrar en una dinámica victimista, donde todo se nubla y, los pensamientos se van haciendo tóxicos, nos van encerrando en nosotros mismos y nos abaten.

En la cabeza de Caín, pudo darse algo así: “mira Abel lo que ha ofrecido, es mejor que mi ofrenda, mira como Dios se ha dado cuenta, es que es su preferido, es que a mí nunca me ha querido, yo estoy solo, no sirvo para nada, nadie me quiere, mi vida no tiene sentido”... y una vez hemos sucumbido a entrar en esta espiral de maldad, a pesar de que Dios se acerca y se preocupa por él, Caín ya no escucha, ya ha roto la relación, ya ha pecado.

Gn 4, 8 ⁸Caín dijo a su hermano Abel: «Vamos al campo». Y, cuando estaban en el campo, Caín atacó a su hermano Abel y lo mató.

Ante la ruptura de la relación con el otro, que nace de la comparación, la envidia y la avaricia, la dinámica de pecado nos lleva a usar dos mecanismos que parecen antagónicos, pero que son dos caras de la misma moneda: el miedo y el dominio del otro.

El miedo: Si se ha grabado dentro de mi corazón que valgo por lo que hago y no tengo una valía propia, en cuanto reconozca que lo que he hecho es malo, me sentiré desnudo, juzgado, y condenado... y temeré al otro porque es imposible que se me quiera así. Es la experiencia de Adán y Eva: “He tenido miedo porque estoy desnudo” (Gn 3, 10).

El dominio del otro: Caín, que ha recibido de Dios un señorío sobre el campo, en línea de gracia, lo utiliza como “terreno propio” al que lleva a su hermano Abel y justo es en ese lugar de señorío donde lo somete hasta la muerte. “Cuando estaban en el campo, se lanzó contra su hermano Abel y lo mató” (Gn 4,8)

Palabras del Padre Caffarel

“Destinado a lo más alto, el amor humano en ocasiones se desploma, y cae al abismo. No busquemos la explicación en otra parte que no sea el pecado original: este último no fue solamente una falta individual, sino también fue pecado de la pareja; por la ruptura de la alianza entre Dios y la primera pareja, el amor que unía al hombre con la mujer pierde su pureza original: un poder corrosivo lo destruye desde el interior; una ley de gravedad lo atrae hacia la tierra; el desgaste y el envejecimiento lo amenazan todos los días.

Corrompido, se vuelve corruptor. Dios lo había hecho fuente de gozo, de paz, de vida, de santidad; el pecado lo convierte en causa de sufrimiento, de drama, de crimen, de muerte. El río de vida que debía fecundar la tierra se ha convertido en torrente devastador.

La primera tarea del amor era unir. El amor pecador se convierte en causa de desunión: separa al hombre de Dios, le hace faltar a sus fidelidades; habiéndolo reducido a servidumbre, lo aparta de su deber y lo arranca de sus semejantes, introduce en lo más íntimo de su ser un fermento de división que enfrenta la carne contra el espíritu, corrompiendo a ambos.

Y sin embargo, aunque desprovisto de su esplendor original, el amor no ha perdido toda su bondad y prestigio: no puede acallar la promesa que ha de llevar al mundo y ese signo con el que ha sido marcado por Dios no puede ser completamente borrado.”

L'Anneau d'Or, El misterio del amor, 1945. Vocación del amor

Preguntas para preparar el diálogo conyugal

¿Eres capaz de reconocer en tu vida cómo “la serpiente” se hace presente en su día a día con sutilezas y engaños? ¿Desde qué mentiras suele empezar el diálogo de tentación en su caso?

¿Son capaces de verse reflejados en esa dinámica tóxica que nace de la comparación y nos lleva a pensar que nada tiene sentido? ¿cómo suelen salir de ese bucle?

¿En sus relaciones qué aparece más, el miedo, el dominio, o las dos cosas? ¿Somos capaces de reconocer los momentos donde esto nos impide dejarnos querer y tiende a separarnos de todo y de todos?

Desarrollo de la reunión

Pistas de reflexión para la puesta en común

La puesta en común es un momento muy especial en la vida del equipo. Es la oportunidad de poder compartir, desde una profundidad inusual en el día a día, lo vivido en el mes desde una mirada de fe.

Quedarnos en lo que nos ha pasado sin más, es verdad que nos ayuda a conocernos, pero no nos ayuda a salir del bucle de la inmediatez, y de la superficialidad que la vida nos suele instalar.

En lo que nos ha pasado este mes ¿En qué situaciones nos hemos visto especialmente tentados? ¿Cómo las hemos vivido?

Participación

Les proponemos algunas pistas para la participación, como todo lo demás, úsenlo en la medida que les ayude. Los puntos de esfuerzo se convierten en la ayuda necesaria para “no caer en tentación”

La escucha de la Palabra es la luz que nos hace distinguir la voz de la serpiente que nos victimiza, de la voz del Buen Pastor que nos invita a amar.

La oración conyugal nos permite reconocer nuestra “desnudez” en un entorno Sagrado. Ante la situación de haber caído en la tentación tenemos miedo, nos sentimos vulnerables e incapaces de dejarnos amar. La oración conyugal puede ser ese lugar sagrado donde ser amado.

El diálogo conyugal nos ayuda a no enfrentarnos a la tentación en solitario como Eva. En ella nos fortalecemos para luchar contra el mal con las armas de la fe.

Comentar si en este mes los puntos de esfuerzo les han ayudado a vivir esta experiencia de victoria en la guerra espiritual que vivimos.

Oración

Lectura del libro del Génesis, Gn 4, 1-8

1Adán conoció a Eva, su mujer, que concibió y dio a luz a Caín. Y ella dijo: «He adquirido un hombre con la ayuda del Señor». ²Después dio a luz a Abel, su hermano. Abel era pastor de ovejas, y Caín cultivaba el suelo. ³Pasado un tiempo, Caín ofreció al Señor dones de los frutos del suelo; ⁴también Abel ofreció las primicias y la grasa de sus ovejas. El Señor se fijó en Abel y

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

en su ofrenda, ⁵pero no se fijó en Caín ni en su ofrenda; Caín se enfureció y andaba abatido. ⁶El Señor dijo a Caín: «¿Por qué te enfureces y andas abatido? ⁷¿No estarías animado si obraras bien?; pero, si no obras bien, el pecado acecha a la puerta y te codicia, aunque tú podrás dominarlo». ⁸Caín dijo a su hermano Abel: «Vamos al campo». Y, cuando estaban en el campo, Caín atacó a su hermano Abel y lo mató.

- En un momento de silencio reconocemos como a lo largo de este mes hemos vivido desde la comparación y la envidia.
- Pidamos al Señor poder salir del bucle del enfurecimiento y el abatimiento.
- Quien lo desee puede compartir la oración. “Le pido al Señor reconocer los momentos que.... y le pido la ayuda para salir de ellos”.

Terminamos la oración con el Padre Nuestro

Cambio de impresiones sobre el tema - Algunas pistas

- A partir del tema, ¿entienden el pecado como un errar el tiro? ¿lo entendían antes así?
- Uno de los grandes peligros espirituales es creer que no somos tentados, que el mal espíritu no existe... ¿cómo viven las tentaciones como una lucha espiritual?
- ¿Cómo entienden que, en la vida concreta, el pecado rompe la comunión con Dios, con el cónyuge y con la familia?

Capítulo 3

Dinámicas de pecado familiar

“Dios me envió para salvar vuestras vidas” (Gn 45,7)

Objetivos

1. Reconocer cómo Dios irrumpe en la historia real de una familia
2. Entender las dinámicas y formas de pecado que se integran en nuestras relaciones
3. Agradecer la paciencia de Dios con sus elegidos
4. Ser conscientes de cómo el Dios de la Historia hace nuevas todas las cosas y posibilita la reconciliación

Lectura de la Palabra

Lectura del libro del Génesis 45, 4-15

Dijo, pues, José a sus hermanos: «Acercaos a mí». Se acercaron, y les repitió: «Yo soy José, vuestro hermano, el que vendisteis a los egipcios. ⁵ Pero ahora no os preocupéis, ni os pese el haberme vendido aquí, pues para preservar la vida me envió Dios delante de vosotros. ⁶ Van dos años de hambre en el país y aún quedan cinco años en que no habrá arada ni siega. ⁷ Dios me envió delante de vosotros para aseguraros supervivencia en la tierra y para salvar vuestras vidas de modo admirable. ⁸ Así pues, no fuisteis vosotros quienes me enviasteis aquí, sino Dios; él me ha hecho padre del faraón, señor de toda su casa y gobernador de toda la tierra de Egipto.

⁹ Apresuraos a subir adonde se encuentra mi padre y decidle: “Esto dice tu hijo José: Dios me ha hecho señor de todo Egipto; baja a mí sin demora. ¹⁰ Habitarás en la tierra de Gosén, y estarás cerca de mí con tus hijos y nietos,

con tus ovejas, vacas y todo cuanto posees. ¹¹ Yo te mantendré allí, pues quedan todavía cinco años de hambre, para que no carezcas de nada ni tú, ni tu casa ni todo lo tuyo”. ¹² Vosotros estáis viendo con vuestros propios ojos, y también mi hermano Benjamín con los suyos, que os hablo yo en persona. ¹³ Informad a mi padre de toda mi autoridad en Egipto y de todo lo que habéis visto, y apresuraos a bajar aquí a mi padre». ¹⁴ Y echándose al cuello de su hermano Benjamín, rompió a llorar; y lo mismo hizo Benjamín. ¹⁵ Luego besó a todos sus hermanos, llorando al abrazarlos. Entonces sus hermanos hablaron con él.

Comentario

Una de las relaciones más complejas en toda la historia de la salvación es la relación fraterna. Con frecuencia descubrimos cómo los hermanos pueden convertirse en lobos unos para otros.

Este conflicto no es solo una cuestión personal o psicológica: es una herida que se transmite de generación en generación, una suerte de “pecado original originante” que deforma el modo en que los seres humanos se sitúan frente a sus semejantes.

Lo sorprendente es que, en medio de esta realidad herida, Dios realiza su historia de salvación. Precisamente la familia de Abraham —lejos de ser perfecta— es la que Dios elige como instrumento de su proyecto de Amor para toda la humanidad.

Puede desconcertarnos descubrir en Abraham, Sara, Isaac, Rebeca o Jacob comportamientos contrarios a lo que esperaríamos de una “familia elegida por Dios”. En ellos abundan los celos, los engaños, las traiciones y la violencia. Sin embargo, esta historia nos enseña que Dios no se equivoca de familia: elige a personas reales, frágiles, heridas, pero abiertas a su gracia.

A lo largo de las próximas páginas recorreremos tres generaciones —Abraham, Isaac y Jacob— para descubrir cómo, a pesar del pecado, Dios escribe recto en los renglones más torcidos.

Abraham: el inicio de una historia herida

La historia de la salvación comienza con Abraham, llamado por Dios a dejar su tierra y a fiarse de una promesa. Sin embargo, incluso en él —el “padre de la fe”— se manifiesta la fragilidad humana. Por miedo, miente y entrega a su esposa Sara al faraón, para salvar su propia vida. (Gn 12, 10-20)

Sara, movida por la impaciencia y la desesperanza ante su esterilidad, entrega

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

a su sierva Agar para que tenga un hijo con Abraham. Pero cuando Agar concibe, Sara se llena de celos y la expulsa al desierto junto con su hijo Ismael. Solo la intervención de Dios evita su muerte (Gn 21, 8-21).

Isaac, hijo de esa historia, crece viendo cómo su hermano es desterrado y cómo la preferencia de sus padres divide y hiere. Así, desde el principio, la familia llamada por Dios para ser bendición lleva en su interior una herida de división que marcará a las generaciones siguientes.

Jacob y Esaú

Isaac se casa con Rebeca, pero ella también es estéril. Isaac ora al Señor por su esposa, y Dios escucha su súplica: Rebeca concibe gemelos. Desde el comienzo, el embarazo es conflictivo: los niños luchan dentro de su vientre. Preocupada, Rebeca consulta al Señor, y Él le revela el misterio de su maternidad:

«Dos naciones hay en tu vientre, dos pueblos se separarán desde tus entrañas. Un pueblo dominará al otro, y el mayor servirá al menor» (Gn 25,23).

Cuando da a luz, el primero en salir es Esaú, rojizo y cubierto de vello; detrás viene Jacob, agarrando el talón de su hermano. Esa imagen —dos hermanos en tensión desde el vientre— anticipa el conflicto que marcará su historia y la de sus descendientes.

Con el tiempo, las diferencias entre los hermanos se acentúan: Esaú se convierte en cazador y hombre de campo; Jacob es más tranquilo, amante de la vida doméstica.

Isaac prefiere a Esaú, mientras que Rebeca ama a Jacob. Una vez más, la preferencia introduce la división en el seno de la familia.

Un día, mientras Jacob preparaba un guiso, Esaú volvió del campo exhausto y hambriento. «Dame un poco de ese guiso rojo», dijo. Jacob respondió: «Véndeme primero tu primogenitura». Esaú, dominado por el hambre, aceptó. La Escritura concluye con una sentencia dura: «Así menospreció Esaú sus derechos de primogenitura» (Gn 25, 34).

El conflicto, sin embargo, no termina allí. Más tarde, con la complicidad de su madre, Jacob engaña a su padre y obtiene la bendición destinada a su hermano. «Escúchame bien, hijo mío —le dice Rebeca—: ve al rebaño y tráeme dos cabritos; yo prepararé para tu padre un guiso sabroso, y tú se lo llevarás para que te bendiga antes de morir» (Gn 27, 6-10).

Isaac, ciego y envejecido, bendice al hijo equivocado. Cuando descubre el engaño, no revoca la bendición, sino que la acepta como definitiva. Esaú, enfurecido, jura matar a Jacob, y este huye hacia la tierra de su tío Labán. Así,

el engaño provoca nuevamente la separación entre hermanos: la herencia de Abraham se repite. Gn 27, 18-46 y Gn 28, 1-9.

Jacob, Lía y Raquel: una familia en tensión

Jacob llega a casa de su tío Labán y se enamora de Raquel, la hija menor. Acepta trabajar siete años por ella, pero en la noche de bodas Labán lo engaña y le da por esposa a Lía, la hermana mayor. El que había engañado ahora es engañado: la historia da un giro de justicia y aprendizaje. Gn 29, 21-30.

Jacob trabaja otros siete años para casarse también con Raquel, y así se forma una familia marcada por la rivalidad y el deseo de reconocimiento. En una sociedad donde la maternidad garantizaba el valor de la mujer, Lía y Raquel compiten por darle hijos a Jacob. Ante la esterilidad, ambas entregan a sus siervas —Zilpá y Bilhá— para tener descendencia en su nombre. Gn 30.

De esas cuatro mujeres nacen los doce hijos de Jacob, los doce patriarcas de Israel. En este punto, la historia da un salto: ya no hay exclusión, pues todos los hijos son bendecidos. La promesa se abre a todos, incluso a los nacidos de las esclavas. La elección de Dios no se basa en méritos humanos, sino en su misericordia. Gn 31.

José y sus hermanos: el círculo se repite por última vez

Entre los doce hijos, José —primogénito de Raquel, la esposa amada— ocupa un lugar especial en el corazón de su padre. Jacob lo ama más que a los demás y le regala una túnica de mangas largas, signo de distinción. «Al ver sus hermanos que su padre lo prefería, comenzaron a odiarlo y ya ni siquiera lo saludaban» (Gn 37, 4).

José tiene sueños proféticos en los que ve a sus hermanos postrarse ante él. Estos sueños encienden aún más el odio. Los hermanos conspiran para matarlo, pero finalmente lo venden a unos mercaderes que lo llevan a Egipto. «Vamos a venderlo a los ismaelitas... al fin y al cabo, es nuestro hermano y nuestra carne» (Gn 37, 27).

Una vez más, se repite el drama familiar: preferencias, envidias, engaños y violencia entre hermanos. Pero esta vez, la historia tomará un rumbo nuevo.

En Egipto, José pasa por la esclavitud, la calumnia y la prisión. Sin embargo, su don para interpretar sueños lo lleva hasta el faraón, quien lo nombra gobernador de todo Egipto.

Cuando llega la hambruna, los hermanos de José bajan a Egipto en busca de alimento, sin reconocerlo. José los pone a prueba y, finalmente, se da a

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

conocer: «Yo soy José, vuestro hermano, el que vendisteis a Egipto. Pero no os preocupéis ni os pese el haberme vendido, pues Dios me envió delante de vosotros para preservar la vida» (Gn 45, 4-5).

José perdona, abraza y salva. En él, la historia de violencia y resentimiento se transforma en reconciliación. Donde antes hubo odio, ahora hay gracia. En José, el mal heredado se detiene, y el perdón inaugura un nuevo comienzo.

José, figura de Cristo

La historia de José anticipa la historia de Jesús. Su vida es una auténtica profecía en acto.

José es el hijo amado de Jacob; Jesús es el Hijo amado del Padre. José es vendido por monedas de plata; Jesús también es traicionado por dinero. José es acusado injustamente y encarcelado; Jesús es condenado siendo inocente. José da pan a su pueblo; Jesús se da a sí mismo como Pan de Vida.

En José se cumple la figura del Siervo doliente anunciada por Isaías (Is 53): «Despreciado y evitado de los hombres, hombre de dolores... maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca».

Así como José salva a su pueblo del hambre, Cristo salva a toda la humanidad del pecado y de la muerte.

Con José, la cadena de celos, mentiras y violencia se rompe. Su perdón vence la maldición de la herencia familiar y abre el horizonte de una nueva humanidad reconciliada. Dios, una vez más, escribe recto en los renglones torcidos. Su amor transforma el pecado en salvación, el dolor en promesa y la herida en bendición.

También hoy, nuestras familias —marcadas por tensiones, heridas o silencios— pueden encontrar en José un espejo y una esperanza.

La historia no termina en el conflicto: la misericordia tiene la última palabra.

“Tal vez no siempre somos conscientes de ello, pero es precisamente la familia la que introduce la fraternidad en el mundo. A partir de esta primera experiencia de hermandad, nutrida por los afectos y por la educación familiar, el estilo de la fraternidad se irradia como una promesa sobre toda la sociedad” (Amoris Laetitia, 194).

José, figura de Cristo crucificado y resucitado, detiene el mal de la historia y abre paso al amor que redime. En él se cumple la promesa final: «He aquí que hago nuevas todas las cosas» (Ap 21, 5). Y así, en medio de nuestras propias familias, Dios sigue escribiendo su historia de salvación.

Palabras del Padre Caffarel

“Un corazón de padre”

Los padres, acabamos de verlo, aprenden de sus hijos las actitudes que el Padre de los Cielos quiere encontrar en ellos. No es el único beneficio: gracias a él adquieren un corazón de padre y un corazón de madre. Si escuchan su corazón percibirán los latidos de otro corazón: el de Dios. Un padre nos narra su experiencia. «Ese día, había preguntado a mi hija de nueve años: «Vamos a ver, ¿has hecho tus deberes?» Monique, vacilante contesta: «Sí». A las once de la noche entro en la habitación de las niñas para ver si duermen bien. Sobre la silla al lado de la cama de Monique, encuentro un mensaje en una pizarrita donde leo: «Papá, me disculpo de haber mentido al decir que había repasado mis lecciones porque no es verdad. Pido perdón y trataré de no volver a hacerlo. Estoy muy avergonzada, hubiera querido decir no. Puedes despertarme si quieres para hablarme, quiero que lo hagas. Buenas noches, PAPÁ... Monique.»

«Lo leo, borro lo que ella ha escrito y respondo: «Mi pequeña Monique querida, te quiero mucho, mucho, porque me has escrito para pedirme perdón. Te perdono con mucha alegría y felicidad, porque he visto que me pides perdón porque me quieres. Por supuesto, no está bien decir una mentira; pero puesto que lo confiesas y pides perdón por ello, está borrado como si no hubieras mentido. Todas las veces que lamentos haberme hecho sufrir y me pidas perdón por ello, te perdonaré, aunque sea muy a menudo. Así es como hace el Buen Dios, porque nos ama. Quise despertarte anoche, como me lo pedías, pero no pude lograrlo porque dormías tan profundamente. Te escribí rápidamente esta carta para que la encontraras al despertar y supieras enseguida que te he perdonado. Te quiero muchísimo, mi gran hija querida. Continúa haciendo muchos esfuerzos: papá, mamá, Jesús están contentos. Te abrazo con todas mis fuerzas. Papá.»

Este padre me decía que los sentimientos de su corazón esa noche le habían servido para entender de forma extraordinaria la paternidad de Dios. ¡Y qué admirable símbolo el pizarrón! ¿Qué queda eternamente de un pecado que Dios nos ha perdonado? Nada, sino, en su lugar, una manifestación más de la maravillosa misericordia del Padre. «¡Feliz culpa!» canta la liturgia Pascual.

El mismo Cristo, si puedo decirlo así, había puesto a los padres sobre la pista: «Si vosotros, siendo malos como sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!» (Lc 11, 13).”

Anneau d'Or, mayo-agosto 1963, El matrimonio, ese gran sacramento

Preguntas para preparar el diálogo conyugal

Cuando vives en el seno de tu familia sufrimientos, contradicciones, circunstancias adversas, etc., ¿En qué notas que desconfías y dudas de que Dios esté haciendo una verdadera historia de salvación? ¿Puedes dar algún ejemplo en el que hayas vivido esa desconfianza?

¿Reconoces y descubres en tu matrimonio, en tus hijos, o en tus hermanos, la transmisión de ciertas dinámicas, como comportamientos, actitudes, heridas o sufrimientos, que ya viste en tus padres o viviste con tus hermanos? ¿Crees que sin querer, ha podido haber transmisión en los modos de situarse de una generación a otra?

¿Crees que puedes ser como José para tu familia? Da ejemplos de las situaciones a las que te has enfrentado en tu familia, ¿Puedes detener alguna marea de odio, resentimiento, rencor, división, enfrentamiento, crítica, juicio, envidia, etc., en tu familia? ¿En qué sentido? ¿Puedes cortar la cadena de maldad y sufrimiento que podrías estar viviendo en tu familia y en tu hogar? ¿En qué sentido? ¿Qué crees que puedes hacer?

Desarrollo de la reunión

Pistas de reflexión para la puesta en común

La puesta en común es un momento muy especial en la vida del equipo. Es la oportunidad de poder compartir, desde una profundidad inusual en el día a día, lo vivido en el mes desde una mirada de fe.

Quedarnos en lo que nos ha pasado sin más es verdad que nos ayuda a conocernos, pero no nos ayuda a salir del bucle de la inmediatez y de la superficialidad en la que la vida nos suele instalar.

¿En qué situaciones vividas este mes experimentamos que “la historia se repite” y que, a pesar de ello, Dios se abre camino en las dificultades?

Participación

Les proponemos algunas pistas para la participación. Como todo lo demás, úsenlo en la medida que les ayude ¿cómo nos ayudan los puntos concretos de esfuerzo a no repetir automáticamente dinámicas heredadas de nuestra historia familiar (silencios, comparaciones, juicios, resentimientos, huidas...)?

La escucha de la Palabra nos permite reconocer cómo el Señor escribe su historia de amor incluso en los momentos de conflicto, de distancia o de

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

incomprensión. A través de la Palabra aprendemos a mirar nuestra historia familiar con los ojos de Dios, que no se detiene ante el pecado ni la fragilidad, sino que los transforma en camino de salvación. ¿en qué momentos la escucha de la Palabra nos ha permitido releer una situación familiar dolorosa desde la fe y no solo desde la herida? ¿ha cambiado algo en nuestra mirada o en nuestra manera de reaccionar?

La oración conyugal es el lugar donde, como Jacob, podemos presentar nuestras luchas y dejar que Dios nos bendiga. Allí el matrimonio se convierte en tierra sagrada: ponemos ante el Señor nuestras heridas, diferencias y cansancios, y nos dejamos reconciliar por su amor. La oración conyugal nos enseña a mirar al otro como don, no como rival; a pedir perdón y a perdonar; a dejar que el Señor haga “nuevas todas las cosas” ¿Cómo la oración conyugal nos ayuda a presentar ante Dios las historias que no entendemos, las heridas que vienen de lejos o los conflictos que se repiten, sin culpabilizarnos ni resignarnos?

El diálogo conyugal nos ayuda a no repetir las historias de división, silencio o resentimiento que a veces arrastramos de nuestras propias familias. Es un tiempo para hablar con sencillez, escucharnos con el corazón y discernir juntos cómo Dios quiere actuar en nuestra historia. Como José con sus hermanos, aprendemos a romper el círculo del mal con la fuerza del amor, a reconocer la acción de Dios incluso en lo que nos ha hecho sufrir. En el diálogo conyugal, ¿somos capaces de hablar de nuestra historia familiar con verdad y misericordia, sin acusar, sin justificarnos y sin huir? ¿Qué frutos concretos estamos descubriendo cuando lo hacemos?

La Oración

Leemos el texto bíblico propuesto para este capítulo.

Tomamos unos momentos de silencio. Dejemos que esta escena de reconciliación toque nuestra propia historia. Como José, también nosotros llevamos heridas que vienen de lejos: malentendidos, comparaciones, juicios, palabras no dichas... Pidamos al Señor la gracia de mirar nuestra historia familiar y matrimonial con sus ojos, descubriendo que incluso en lo más doloroso, Él ha estado obrando para darnos vida.

Podemos orar en voz alta con una fórmula sencilla, por ejemplo:

“Le doy gracias al Señor por las veces que ha sacado bien del mal en nuestra historia...”

“Le pido al Señor la gracia de perdonar y dejarme perdonar, como José con sus hermanos...”

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

“Le confío al Señor esta herida de nuestra familia, para que Él la transforme en bendición...”

(Se deja un tiempo de silencio o de oración espontánea de los miembros del equipo).

Oramos todos juntos

Señor Jesús, Tú que transformaste la traición en salvación y convertiste las lágrimas de José en abrazo y perdón, entra también en nuestra historia familiar. Danos la gracia de reconocer tu mano en todo lo vivido, de perdonarnos sin condiciones y de escribir contigo una historia nueva.

Haz que nuestras familias sean signo de tu amor reconciliador, capaces de detener el mal con el bien, y de anunciar que, incluso en los renglones torcidos de la vida, Tú sigues escribiendo tu historia de salvación. **Amén.**

Terminamos la oración con el Padre Nuestro

Cambio de impresiones sobre el tema - Algunas pistas

Durante este mes, los puntos de esfuerzo pueden ayudarnos a hacer memoria de nuestra historia familiar y matrimonial a la luz de la Palabra, desde ellos podemos compartir en el equipo y comentar los siguientes puntos o los que consideren más adecuados para su equipo

Podemos preguntarnos:

- ¿Qué te ha llamado la atención de esta propuesta de tema?
- A partir de él ¿Has sabido contemplar tu historia y la de tu familia con misericordia?
- ¿Qué experiencia de oración conyugal o de diálogo conyugal me ha ayudado a vivir esta esperanza?
- La figura de José ocupa un lugar central en este capítulo. ¿Qué rasgo suyo (paciencia, lectura creyente de la historia, perdón, capacidad de no devolver mal por mal...) te ha interpelado más? ¿Por qué?
- Después de trabajar este tema, ¿qué esperanza nueva descubres para tu propia familia, incluso allí donde ves límites, heridas o situaciones que parecen no tener solución?

Capítulo 4

Retornar a la comunión

“Te desposaré conmigo para siempre”

Os 2, 19

Objetivos

1. Comprender la relación profunda entre el monoteísmo y la monogamia como expresión del amor único y fiel de Dios reflejado en el matrimonio.
2. Reconocer el ciclo de infidelidad y reconciliación en la historia de Israel y cómo este proceso se refleja y aplica en la vida matrimonial y familiar.
3. Identificar y profundizar en los pilares fundamentales del amor matrimonial: fidelidad, memoria y perdón, entendiendo su importancia y creciendo en la alianza.
4. Fortalecer la confianza en la acción transformadora de Dios en las heridas y dificultades familiares, abriendo el camino a la reconciliación y a una historia de salvación vivida en la vida cotidiana.

Lectura de la Palabra

Lectura del libro de Isaías, Is 54, 1-10.

¹Exulta, estéril, que no dabas a luz; rompe a cantar, alégrate, tú que no tenías dolores de parto: porque la abandonada tendrá más hijos que la casada — dice el Señor—. ²Ensancha el espacio de tu tienda, despliega los toldos de tu morada, no los restrinjas, alarga tus cuerdas, afianza tus estacas, ³porque te extenderás de derecha a izquierda. Tu estirpe heredará las naciones y poblará ciudades desiertas. ⁴No temas, no tendrás que avergonzarte, no te sientas ultrajada, porque no deberás sonrojarte. Olvidarás la vergüenza

de tu soltería, no recordarás la afrenta de tu viudez. ⁵Quien te desposa es tu Hacedor: su nombre es Señor todopoderoso. Tu libertador es el Santo de Israel: se llama «Dios de toda la tierra». ⁶Como a mujer abandonada y abatida te llama el Señor; como a esposa de juventud, repudiada —dice tu Dios—. ⁷Por un instante te abandoné, pero con gran cariño te reuniré. ⁸En un arrebató de ira, por un instante te escondí mi rostro, pero con amor eterno te quiero —dice el Señor, tu libertador—. ⁹Me sucede como en los días de Noé: juré que las aguas de Noé no volverían a cubrir la tierra; así juro no irritarme contra ti ni amenazarte. ¹⁰Aunque los montes cambiasen y vacilaran las colinas, no cambiaría mi amor, ni vacilaría mi alianza de paz —dice el Señor que te quiere.

Comentario

La historia de la salvación y el amor fiel de Dios

Hasta ahora, hemos recorrido juntos el inicio de la historia de la salvación a través del libro del Génesis. Hemos visto cómo Dios creó al hombre y a la mujer y los llamó al amor desde el principio. Así estableció el primer matrimonio como modelo y prototipo para todos los que vendrían después. También hemos abordado el tema del pecado y sus consecuencias, observando cómo esta realidad humana afecta la vida y las relaciones, sin que por ello se rompa la promesa amorosa de Dios.

Además, hemos acompañado a los grandes personajes de la historia de la salvación: Abraham, Isaac, Jacob y José, quienes, a pesar de sus fragilidades y errores, son testigos de la fidelidad de Dios, que cumple sus promesas. En medio de sus vidas vemos cómo Dios no se rinde ante nuestra pobreza humana, sino que con paciencia y ternura sigue formando una familia, la gran familia de la salvación.

Este es el modo de actuar de Dios: para darse a conocer y salvar a la humanidad, Él quiere formar una familia que crece y se fortalece a lo largo de la historia.

Libros proféticos

Después de haber recorrido el Génesis y los fundamentos de nuestra fe, ahora nos adentramos en los libros proféticos, que nos abren la puerta a la experiencia profunda del amor de Dios con su pueblo, expresado a través de la imagen del matrimonio.

En la historia del pueblo de Israel encontramos una dinámica que refleja su experiencia y también la nuestra. Israel pasa por ciclos en los que enfrenta dificultades profundas²: se siente perdido y sin identidad, como

²Entre otros: La liberación de la esclavitud de Egipto (Ex 14,10-31), El olvido y la idolatría en el desierto (Ex 32,1-35) Los ciclos de los jueces (Ju 2,11-19) El reino dividido y la idolatría en Israel y Judá (1 Ry 12-14), y especialmente el exilio a Babilonia (Jr 29,10-14)

un “no-pueblo”. En esos momentos, Dios escucha su clamor y responde con misericordia. El pueblo se abre a Dios y experimenta paz y confianza, pero con el tiempo olvida que ese bienestar viene de Él y comienza a alejarse, buscando falsos dioses y seguridades.

Este alejamiento lleva a Israel a la infidelidad, lo que provoca sufrimiento y pérdida. En medio de esta espiral, los profetas surgen como voces valientes, llamadas por Dios para denunciar la infidelidad, advertir sobre sus consecuencias y, sobre todo, para llamar a la conversión y a volver a la Alianza con Dios. Usan un lenguaje simbólico y, a menudo, duro, porque su mensaje incomoda a quienes detentan el poder.

El mensaje central de los profetas es siempre el mismo: ¡Sed fieles a la Alianza que Dios hizo con Israel al liberarlo de Egipto! Esa Alianza, expresada en la Ley, es la base para una vida libre y plena.

La relación entre monoteísmo y monogamia

Una de las aportaciones más profundas del Antiguo Testamento a nuestra comprensión de Dios y la familia es la íntima conexión que establece entre monoteísmo y monogamia. Dios es uno, único, y esta unidad divina se refleja en el amor único y definitivo que debe vivir el matrimonio. No se trata simplemente de un acuerdo social o una regla cultural, sino de un don revelado por Dios, donde el amor exclusivo entre dos personas no se cierra en sí mismo, sino que se abre a la comunidad y a la vida.

Esta idea fue revolucionaria en el contexto del antiguo Oriente Medio, donde predominaban el politeísmo y la poligamia. Israel, en cambio, proclama la existencia de un solo Dios verdadero y, al mismo tiempo, practica la monogamia, haciendo de ella un signo visible del amor exclusivo del único Dios. El libro del Génesis recoge esta novedad en el relato de la creación del hombre y la mujer: “Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne” (Gn 2, 24). Esta unidad expresa no solo la pareja, sino la imagen misma de la relación única entre Dios y su pueblo.

Israel no llegó a esta comprensión a partir de un simple análisis familiar, sino porque la experiencia profética de Dios como único y fiel se expresó en el modelo del matrimonio y del amor humano. En otras palabras, el monoteísmo y la monogamia fueron configurándose simultáneamente en la historia de Israel, influyéndose mutuamente.

Esta dinámica nos enseña algo fundamental: el ser humano encuentra su identidad, su vocación y su sentido en la medida en que se comprende a la

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

luz de Dios. Como afirma el Concilio Vaticano II: “Cristo revela al hombre al mismo hombre” (GS 22). Solo a la luz de Cristo entendemos nuestro verdadero valor, el sentido de nuestras relaciones, el significado de la familia y el anhelo profundo de amor fiel y único.

¡Estamos hechos para la unidad!

Estamos hechos para un amor único, indisoluble, fiel y exclusivo. Ese es el anhelo profundo que late en nuestro corazón cada día. ¿Acaso no hemos sufrido alguna vez la experiencia dolorosa de una ruptura, la herida del adulterio interior o el desgarrón de un corazón dividido?

Este deseo no es un capricho humano ni una imposición de la Iglesia. Es la expresión de algo fundamental: estamos hechos a imagen y semejanza de Dios. Por eso, anhelamos vivir en comunión plena en el matrimonio, porque nuestro corazón está configurado para un amor que sea fiel, único, que no mienta ni defraude, un amor que no prometa para luego abandonar. Si Dios es Uno y en Él habita la plenitud del amor, es lógico y necesario que nuestro corazón busque incansablemente ese amor único e indisoluble. La monogamia, entendida como un amor fiel y vivido desde la unidad y la comunión, nos revela quién es Dios y, por ende, quiénes somos nosotros.

La Biblia nos habla repetidamente de este deseo que Dios tiene por el hombre y del deseo del hombre por Dios. La imagen que atraviesa toda la historia de la salvación es, precisamente, la monogamia vista como el matrimonio definitivo: Dios desposa a su pueblo en una alianza personal y definitiva. Desde el principio, la Escritura comienza con un matrimonio —el de Adán y Eva, imagen de la humanidad— y luego narra la alianza de Dios con Israel como un desposorio sagrado. Israel es la esposa elegida de Dios, llamada a vivir la fidelidad matrimonial en una relación de amor mutuo y enriquecimiento constante.

Sin embargo, la historia de Israel también es la historia de una esposa infiel que se aparta de su esposo y se adentra en la idolatría, entregándose a otros “dioses” falsos. Esa infidelidad genera ruptura, sufrimiento y pérdida de identidad. Por eso, la historia recapitulada en Cristo, plenitud de la revelación del Padre, lo presenta como el Esposo de la Iglesia. La plenitud de la revelación del Padre, quien se presenta como el Esposo de la Iglesia. Esto se manifiesta en el primer milagro, las bodas de Caná (Jn 2, 1-11), en la parábola de las vírgenes prudentes y necias (Mt 25, 1-13), y en las palabras de San Pablo, que llama a los esposos cristianos a amarse como Cristo amó a la Iglesia, entregándose por ella en la cruz³.

Finalmente, la Biblia concluye con una gran fiesta nupcial en el Apocalipsis:

³ “Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella” Efesios 5, 25-32

las bodas del Cordero, la alianza eterna y definitiva de Cristo con su Iglesia. Así, el cielo mismo será una boda, la boda definitiva entre Cristo y su pueblo⁴.

Oseas, símbolo de fidelidad total

Dios, que es Amor, nos hace partícipes de su propio amor. El matrimonio no puede sostenerse únicamente en nuestro amor humano, porque va mucho más allá: se trata del Amor de Dios mismo, revelado y vivido en la unión sacramental. Esto es lo que significa casarse en la Iglesia, no sólo casarse por la Iglesia.

Oseas, profeta del Antiguo Testamento, vive y predica la fidelidad en un momento de gran crisis para Israel, alrededor del 800 a.C. Su nombre, que significa “salvación”, conecta con figuras como José⁵ y Josué⁶, quienes representan la salvación y la restauración en la historia de Israel.

En un mundo donde la fidelidad parece obsoleta y el compromiso pasajero, hablar de “para siempre” en el matrimonio puede parecer extraño o imposible. Hoy la infidelidad no solo es común, sino que es facilitada por plataformas que promueven la ruptura del compromiso con discreción. La sociedad actual incluso ve la infidelidad como una solución a las crisis matrimoniales, normalizando un comportamiento que es un virus para las relaciones.

Frente a esto, Oseas nos muestra un Dios que ama con fidelidad inquebrantable. Aunque su esposa Gomer es infiel, él la perdona y la busca con amor apasionado. Oseas es llamado a vivir la fidelidad de Dios en medio de la infidelidad de su pueblo, enseñándonos que la fidelidad es un acto supremo de libertad que solo es posible con Dios. Amar sin esperar nada a cambio es imposible sin Él.

⁴«Y oí como una voz de una gran muchedumbre, como voz de aguas caudalosas y como voz de fuertes truenos: “¡Aleluya! Porque reina el Señor, nuestro Dios, el Todopoderoso. Alegrémonos y regocijémonos y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado; y se le ha concedido vestirse de lino resplandeciente y puro”. —El lino son las acciones justas de los santos—. Y el ángel me dijo: “Escribe: Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero”. Y añadió: “Estas son palabras verdaderas de Dios» Ap 19,6-9

⁵«Ahora no os aflijáis ni os pese haberme vendido aquí, porque para salvar vidas me envió Dios delante de vosotros. [...] Dios me envió delante de vosotros para aseguraros la supervivencia en la tierra.» Gn 45, 5-7 y «Vosotros pensasteis hacerme daño, pero Dios lo pensó para bien, para hacer lo que hoy vemos: salvar la vida de un pueblo numeroso.» Gn 50,20

⁶«Moisés, mi siervo, ha muerto; ahora levántate, cruza este Jordán, tú y todo este pueblo, hacia la tierra que yo les doy.» Josué 1, 2-3. Josué se convierte en el instrumento de Dios para introducir al pueblo en la Tierra Prometida: salvación y cumplimiento de la promesa.

Jeremías y la llamada a recordar

Jeremías profetiza durante tiempos difíciles para Judá, en los últimos años de Judá, antes del exilio. (Jr 1, 1-3), denuncia de la falsa religiosidad y confianza engañosa (Jr 7, 3-11), buscando refugio en ídolos, «me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y se cavaron cisternas agrietadas que no retienen el agua» denunciando la infidelidad del pueblo que busca refugio en ídolos y aparenta piedad sin verdadero compromiso. Usando la imagen del matrimonio, muestra cómo Israel ha olvidado el amor inicial de Dios. Jr 2, 11-13.

En momentos de crisis, cuando todo parece oscuro y sin sentido, es fundamental hacer memoria: recordar las promesas y encuentros previos con Dios que nos sostienen. Esta memoria agradecida permite superar la desesperanza y seguir adelante, incluso cuando no hay razones visibles para hacerlo.

«Recuerdo el cariño de tu juventud, el amor de tus desposorios, cuando me seguías por el desierto, por tierra sin sembrar.» Jeremías 2, 2-3.

Dios invita a Israel a recordar la liberación de Egipto, la entrega de la ley y las maravillas hechas a lo largo de la historia.

«No decían: “¿Dónde está el Señor, el que nos sacó de la tierra de Egipto, el que nos condujo por el desierto, por tierra yerma y quebrada, por tierra de sequedad y de sombra de muerte, por tierra por donde nadie transita y donde ningún hombre habita?”» Jer 2, 6.

Esta llamada a “volver al principio” también es para nosotros: en la fe y el matrimonio, la memoria de los momentos decisivos fortalece el compromiso y la esperanza.

«Pero llega un tiempo —oráculo del Señor— en que haré una alianza nueva con la casa de Israel y con la casa de Judá, no como la que hice con sus antepasados cuando los tomé de la mano para sacarlos de Egipto, alianza que rompieron, aunque yo era su Señor —oráculo del Señor—. Pero esta será la alianza que haré con la casa de Israel: pondré mi ley en su interior, la escribiré en su corazón; seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrán que enseñar más cada uno a su hermano ni cada uno a su prójimo, diciendo: “Conoce al Señor”, porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor —oráculo del Señor—. Porque yo les perdonaré la maldad y no recordaré más su pecado.» Jr 31, 31-34.

Ezequiel, el perdón, la fidelidad restauradora

Cuando la memoria humana resulta insuficiente para sostener una relación debido a infidelidades repetidas, entra en juego el perdón.

Ezequiel ofrece una imagen poderosa del pueblo herido y abandonado, pero cuidado y amado por Dios. El profeta nos muestra cómo Dios perdona y renueva la alianza a pesar de la infidelidad del pueblo:

«Os recogeré de entre los pueblos y os reuniré de todas las tierras extranjeras, y os traeré a vuestra tierra. Os rociaré con agua limpia, y quedaréis purificados; de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré un corazón nuevo y un espíritu nuevo pondré en vuestro interior; quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne.» (Ez 36, 24-26)

Este perdón divino, contrario a la lógica humana de “ojo por ojo” (Ez 18, 21-22), es gratuito y escandaloso, porque no se basa en merecimientos, sino en el amor incondicional de Dios:

«Si el impío se convierte de todos los pecados que ha cometido, conservará su vida; no morirá. Todo lo que haya hecho de malo no se le recordará; vivirá, por no haber obrado injustamente.» (Ez 18, 21-22).

El perdón no es solo un acto divino, sino también una experiencia humana. Requiere reconocer nuestras faltas, pedir ayuda y caminar hacia la sanación. Es un don que abre la esperanza y permite que el amor y la fidelidad renazcan incluso en medio de las heridas más profundas.

La historia de la salvación nos revela que Dios, en su amor infinito, nos llama a vivir un amor fiel, como Él es fiel:

«Pero yo recordaré mi alianza con vosotros en los días antiguos, y os mantendré el amor fiel.» (Ez 16, 60).

Dios nos invita a construir nuestras relaciones sobre tres pilares fundamentales: la fidelidad, la memoria agradecida y la gratuidad del perdón. Estos sostienen no solo el matrimonio, sino también nuestra relación con Él y con los demás. Así descubrimos que el amor verdadero no es un sentimiento pasajero, sino una decisión diaria sostenida por la gracia de Dios y alimentada por la esperanza de la alianza eterna.

Palabras del Padre Caffarel

“Pero si sabe perdonar con ese perdón, único y verdadero que consiste en volver a acoger al otro con una confianza total, vivirá una experiencia admirable e inesperada. La del profeta Oseas, a quien Dios pide volver a tomar a su mujer infiel. Cuando Oseas lo hizo con un corazón sin reticencias, no necesitó más que recurrir a su experiencia personal el día en que tuvo que referirse a la fidelidad, la ternura, la misericordia del Señor para con su pueblo adúltero. Si el profeta no hubiera sabido perdonar, no habría sabido entrar en los secretos del corazón de Dios, y no tendríamos algunos de los versículos de la Biblia más conmovedores “No daré paso al ardor de mi cólera... Voy a solucionarlo de nuevo (a la nación judía) la conduciré al desierto y hablaré a su corazón... Allí ellas me responderán como en los días de su juventud (Os. 2, 16-17).

Henri Caffarel, Anneau d’Or, 117-118, El matrimonio, camino hacia Dios, **mayo-agosto 1964.**

Preguntas para preparar el diálogo conyugal

En el ciclo de la historia de Israel vemos cómo, ante la infidelidad y el alejamiento, Dios llama a la conversión y la reconciliación, y vuelve a restaurar la relación. ¿Puedes identificar en tu matrimonio ciclos similares: momentos de alejamiento, crisis o ruptura, seguidos de una llamada a la reconciliación y renovación? ¿Cómo ha sido la experiencia de ese “volver al amor” en tu relación? ¿Qué te ha sostenido en esos momentos de crisis?

Los profetas nos enseñan que el amor fiel se sostiene en la memoria y el perdón, que juntos permiten renovar la alianza de amor. De estos tres pilares (fidelidad, memoria y perdón), ¿cuál ha sido el que más ha fortalecido tu matrimonio y por qué? ¿En qué aspectos sientes que podrías crecer para que estos pilares sean más presentes en tu vida conyugal?

Desarrollo de la reunión

Pistas de reflexión para la puesta en común

La puesta en común es un momento especial para compartir desde la fe cómo Dios actúa en nuestra historia matrimonial. Quedarnos solo en lo que nos ha pasado nos ayuda a conocernos, pero no nos permite salir del ciclo repetitivo de dificultades ni profundizar en la experiencia de Dios en medio de ellas.

Por eso, en lo que hemos vivido en nuestro matrimonio y familia, ¿en qué

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

momentos hemos visto cómo “la historia se repite”, con crisis o distancias, pero también cómo Dios abre camino, llama a la conversión, y renueva la esperanza y el amor?

Participación

Les proponemos algunas pistas para la participación, que pueden ser una ayuda para dejar que Dios transforme nuestras vidas y relaciones. A la luz de este tema, ¿cómo los puntos concretos de esfuerzo nos ayudan a custodiar la unidad y la fidelidad en nuestra vida matrimonial y familiar, especialmente en los momentos de desgaste, rutina o distancia interior?

La escucha de la Palabra nos abre a la experiencia del amor fiel de Dios, que se mantiene aún en medio de la infidelidad y la crisis. A través de los profetas aprendemos a mirar nuestro matrimonio y familia con los ojos de Dios, que llama siempre a la conversión, a la fidelidad y a la esperanza, transformando el dolor en camino de salvación. En este mes ¿de qué manera la escucha de la Palabra nos ha ayudado a hacer memoria del amor primero, a recordar de dónde venimos y quién nos ha llamado?

¿nos ha permitido releer alguna situación de infidelidad interior (desánimo, huida, doble vida, dureza de corazón...)?

La memoria agradecida nos invita a recordar los momentos de gracia y encuentro con Dios en nuestra historia personal y matrimonial, fortaleciendo el compromiso y la confianza para seguir adelante. La oración conyugal, como espacio sagrado, nos permite presentar nuestras heridas y diferencias, recibir la bendición de Dios y aprender a perdonar, haciendo de nuestro amor un reflejo del amor incondicional de Dios. ¿Cómo la oración conyugal nos ayuda a volver a Dios juntos cuando nos sentimos heridos, cansados o tentados de rendirnos?

¿La vivimos como un lugar de reconciliación y de recomienzo?

El diálogo conyugal es un tiempo para romper los ciclos de infidelidad, olvido y resentimiento que a veces arrastramos. Como Oseas o Jeremías, aprendemos a vivir la fidelidad, la memoria y el perdón que nos renuevan. Es un espacio para escuchar, compartir desde el corazón y discernir juntos cómo Dios quiere actuar en nuestra historia de amor y alianza ¿somos capaces de hablar con verdad de aquello que amenaza nuestra comunión (olvidos, reproches, silencios, falta de perdón...), sin miedo y sin acusaciones?

¿Qué pasos concretos vemos que el Señor nos invita a dar para “retornar a la comunión”?

La Oración

Tomemos un momento de silencio para dejarnos tocar por la promesa de Dios que nos trae Isaías:

«Exulta, estéril, la que no daba a luz;
rompe a cantar, alégrate, la que no tenía dolores de parto,
porque la abandonada tendrá más hijos
que la casada —dice el Señor—.» Isaías 54, 1.

Como esa mujer que parecía sin esperanza, nosotros también podemos sentir en nuestra historia familiar y matrimonial momentos de abandono, heridas, dolor y vergüenza. Pero el Señor nos asegura que no debemos temer ni sentirnos humillados, porque Él es nuestro Hacedor y Libertador, que con amor eterno nos reúne y restaura.

Pidamos al Señor la gracia de mirar nuestra historia con sus ojos, reconociendo que, aunque por un tiempo parezca que nos ha dado la espalda, su amor nunca falla ni se cansa. Él quiere ensanchar el espacio de nuestra tienda, alargar nuestras cuerdas y fortalecer nuestras estacas, para que nuestra familia crezca en paz, amor y esperanza.

Oración guiada

Podemos orar en voz alta con una fórmula sencilla, por ejemplo:

“Le doy gracias al Señor, nuestro Dios de toda la tierra, porque en medio de nuestras dificultades Él extiende su amor y esperanza...”

“Le pido la gracia de aceptar su amor eterno y de abrirnos a su reconciliación, como la mujer que renace y se alegra en la promesa del Señor...”

“Confío en que Él transformará nuestras heridas en bendición y que su alianza de paz permanecerá para siempre...”

Oración

Señor Jesús, Tú que eres el Dios de toda la tierra, que con amor eterno nos amas y nos reúnes, entra también en nuestra historia familiar.

Danos la gracia de no temer, de ensanchar el espacio de nuestro hogar, y de confiar que Tú eres el Libertador que transforma la traición en reconciliación, la vergüenza en alegría, y la soledad en comunión.

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

Haz que nuestras familias sean signo vivo de tu amor fiel y pacificador, capaces de sanar heridas, detener el mal con el bien, y anunciar que en Ti siempre hay un nuevo comienzo. Amén.

Terminamos la oración con el Padre Nuestro.

Cambio de impresiones sobre el tema - Algunas pistas

¿Has reconocido en tu vida familiar o matrimonial algún momento donde, como en el ciclo deuteronomista, hubo un distanciamiento de Dios, pero luego una nueva llamada a la fidelidad? ¿Cómo viviste ese proceso?

¿Qué te dice la relación entre monoteísmo y monogamia sobre el significado profundo del amor único y fiel en el matrimonio? ¿Cómo lo vives o quisieras vivirlo en tu familia?

De los tres pilares (fidelidad, memoria y perdón), ¿cuál te ha ayudado más a enfrentar las dificultades en tu relación o familia? ¿Como? ¿En cuál sientes que debes seguir creciendo? ¿En qué medida? ¿Cuál de los tres pilares sientes que hoy es más urgente cuidar en tu matrimonio y en tu familia? ¿Por qué?

Después de reflexionar sobre la acción de Dios en la historia y en nuestra historia familiar, ¿qué esperanza o confianza te gustaría llevar contigo para fortalecer tu matrimonio o familia?

El texto presenta la historia de Israel como una sucesión de rupturas y retornos.

¿En qué momentos de tu vida matrimonial o familiar reconoces esta misma dinámica?

¿Qué te ayuda a no perder la esperanza y a volver a empezar?

Capítulo 5

Comunión total en el amor⁷

“¡Levántate, amada mía, hermosa mía, ven”!

(Ct 2, 10)

Objetivos

1. Redescubrir el valor sagrado del amor humano
2. Valorar la sexualidad como don y camino de comunión
3. Aprender a integrar el amor, el placer y la fecundidad
4. Renovar la mirada de fe sobre el cuerpo y la relación

Lectura de la Palabra

Lectura del libro del Cantar de los Cantares 2, 10-13.

“¡Levántate, amada mía, hermosa mía, ven!

Mira, el invierno ha pasado, han cesado y se han ido las lluvias.

Brotan flores en la tierra, llega el tiempo de los cantares,

y se oye la voz de la tórtola en nuestra tierra.

La higuera echa sus brotes, las viñas en flor exhalan su aroma.

¡Levántate, amada mía, hermosa mía, ven!”

Comentario

Introducción

Hasta ahora hemos recorrido los grandes momentos de la historia de la salvación: desde el Génesis hasta los Profetas, descubriendo cómo Dios forma

⁷Se recomienda la lectura completa del Cantar de los Cantares antes del encuentro. No se trata de un estudio exegético detallado, sino de una lectura orante y personal, dejando que el texto resuene en la propia experiencia de amor, alianza y deseo.

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

una familia, permanece fiel a pesar de nuestras infidelidades y llama siempre a renovar la alianza.

Hoy nos acercamos a un libro diferente: el Cantar de los Cantares. Pertenece a los Libros Sapienciales o Poéticos —Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares, Sabiduría y Eclesiástico—, donde Israel recoge la sabiduría aprendida en su relación con Dios. Cuando ya no hay profetas que hablen, el pueblo aprende a recordar y guardar la palabra recibida, haciendo memoria para no olvidar la alianza.

El Cantar de los Cantares es “el Cantar por excelencia”, el poema más bello de la Biblia. Aunque se atribuye a Salomón, su lenguaje y estilo apuntan a una época posterior. Desde siempre ha sido considerado un texto inspirado y, en la tradición cristiana, se ha leído como una alegoría del amor entre Dios y su pueblo, y más tarde entre Cristo y su Iglesia.

A primera vista parece un poema de amor humano: dos enamorados que se buscan se pierden y se encuentran, expresando su deseo con imágenes de la naturaleza —flores, perfumes, jardines, miel—. Pero bajo ese lenguaje apasionado se esconde un misterio divino: el amor de Dios que busca al hombre, lo llama por su nombre y se une a él para siempre.

El Cantar de los Cantares celebra así la belleza del amor conyugal como signo del Amor de Dios: un amor fiel, fuerte y apasionado, llamado a reflejar la alianza eterna entre Cristo y su Iglesia.

Sentido del Cantar de los Cantares

Es curioso que un libro tan breve y bello como el Cantar de los Cantares sea, a la vez, uno de los más desconocidos y menos comprendidos de la Biblia. A menudo se ha intentado “espiritualizar” su contenido, como si el amor humano —con su ternura, deseo y entrega— no fuera digno de ser considerado sagrado. Sin embargo, la Palabra de Dios no teme hablar del amor humano, porque en él se manifiesta el misterio de Dios.

El Cantar no es una profecía al estilo de Oseas o Ezequiel, donde el Amor de Dios se expresa en la relación entre Él e Israel. Tampoco es, en su sentido literal, una alegoría de los desposorios de Salomón con la Sabiduría. Su lenguaje es más directo y humano: habla del amor de dos personas que se buscan, se desean y se entregan con fidelidad y pasión.

En este canto se celebra el amor fiel y total, aquel que Israel no siempre supo vivir en su relación con Dios. El amor humano, cuando es vivido en verdad y fidelidad, se convierte así en signo visible y elocuente del Amor de Dios.

Ya Fray Luis de León afirmaba en 1561 que el Cantar “no quiere decir más de lo que suena”: habla del amor humano en toda su hondura. Si la Biblia quiere reflejar toda la experiencia humana, no puede silenciar el lenguaje del enamoramiento ni del deseo. En el beso, en la búsqueda y en la unión de los amantes se revela algo del anhelo divino de comunión:

“¡Que me bese con los besos de su boca!

¡Tus amores son mejores que el vino!” (Ct 1, 2-3).

Así, el Cantar de los Cantares nos enseña que el amor humano no es un obstáculo para Dios, sino uno de los caminos privilegiados para comprender su Amor. En la experiencia conyugal —como en la espiritual—, el amor verdadero une cuerpo, alma y espíritu, haciendo visible la ternura de Dios en la historia concreta de cada pareja.

Originalidad del Cantar de los Cantares

Entre muchas riquezas que ofrece este libro, el Cantar de los Cantares muestra algunos rasgos de una originalidad sorprendente y profundamente inspiradora para comprender el amor humano y la vocación conyugal a la luz de la fe.

A través de un lenguaje poético y simbólico, el texto revela aspectos esenciales del amor entre el hombre y la mujer que iluminan también la vida de los matrimonios cristianos y la espiritualidad conyugal, carisma de los Equipos de Nuestra Señora.

El valor absoluto de la mujer

En un mundo antiguo donde la voz femenina apenas se oía, el Cantar irrumpe como una revolución silenciosa. La protagonista es una mujer libre, que expresa sin miedo sus sentimientos, su deseo y su alegría de amar. No es la musa pasiva de otros poemas: es la voz principal del relato.

“Soy morena y hermosa, hijas de Jerusalén... No me miréis porque soy morena: el sol me ha bronceado” (Ct 1, 5-6).

Ella no se avergüenza de su cuerpo ni de su historia. No necesita que sus hermanos decidan por ella; sabe quién es y a quién ama. Su palabra y su deseo se convierten en símbolo de la dignidad y la libertad de toda mujer, creada a imagen de Dios.

El Cantar proclama, de manera poética y profética, la igualdad radical entre el hombre y la mujer: ambos son protagonistas del amor, ambos se buscan y

se entregan. En la voz de la Sulamita resuena el eco del Génesis: “Vio Dios que todo era muy bueno” (Gn 1, 31).

Belleza y pureza de la sexualidad

En muchos contextos cristianos se ha confundido el pudor con la vergüenza. Pero el pudor, bien entendido, protege la belleza del amor; no lo oculta, sino que lo preserva de la banalidad.

El Cantar celebra el cuerpo humano con una pureza luminosa y poética, sin caer en el puritanismo ni en la vulgaridad. Es un canto al gozo compartido entre los esposos que se aman.

“¡Qué bella eres, qué encantadora, oh amor, en tus delicias!

Tu talle es como la palmera, tus pechos como racimos...”

(Ct 7, 7-10).

El cuerpo no es objeto de comercio ni instrumento de manipulación, sino lugar de comunión y de ternura, espacio donde él se hace visible y verdadero. En el Cantar, la sexualidad humana aparece como una bendición, una forma de decir con el cuerpo: “te pertenezco y te acojo como don”.

La unión personal: equilibrio entre puritanismo y libertinaje

El Cantar canta el amor humano en toda su plenitud. Su lenguaje es natural, libre y profundamente humano. En un pueblo que había conocido el exilio y el dolor, este libro se atreve a decir que el amor puede rehacer la vida y redimir el mundo.

Los amantes descubren la bondad de la creación al contemplar la belleza del otro. La primavera, los jardines y los frutos se convierten en metáforas de la unión. El amor, vivido con autenticidad, libera de la rigidez del puritanismo y también del vacío del libertinaje.

El Cantar nos enseña que el amor humano, cuando es verdadero, humaniza y diviniza. No aparta de Dios: nos acerca a Él, porque Dios es Amor (1 Jn 4, 8).

La sexualidad: don y comunión

El Cantar introduce una novedad esencial: la sexualidad no se reduce ni a la procreación ni al “remedio” de la concupiscencia. Es, ante todo, expresión del amor interpersonal y del bien de los cónyuges: “Yo soy para mi amado, y su deseo se dirige hacia mí” (Ct 7, 11). “Su izquierda bajo mi cabeza, y su derecha me abraza” (Ct 8, 3).

Aquí la sexualidad es don y comunicación, lenguaje del alma y forma profundamente humana de expresar la entrega total del amor. Es una realidad purificada por Dios. El amor humano es así una llama divina, un fuego que viene de Dios mismo: “El amor es fuerte como la muerte, sus brasas son brasas de fuego, llama del Señor” (Ct 8, 6). Nada puede apagarlo, ni las aguas ni los ríos (Ct 8, 7). Amar así —con fidelidad, ternura y totalidad— es dejar que una chispa del amor eterno de Dios arda en nosotros.

El Cantar de los Cantares es, en el fondo, un acto de fe en la bondad de la creación y en el Dios que es Amor. Nos invita a mirar al otro con los ojos con que Dios nos mira: con respeto, admiración y ternura.

El amor humano, vivido en verdad, se convierte en un signo visible del amor divino, una antorcha encendida que revela el rostro de Dios en el rostro del amado.

La sexualidad, lenguaje del amor conyugal

La sexualidad forma parte del proyecto creador de Dios: no es un añadido, sino una dimensión esencial de la persona. En ella se expresa la unidad profunda entre cuerpo y espíritu, entre el amor humano y el amor divino. En el matrimonio, la sexualidad es llamada a ser signo y sacramento de comunión, un espacio donde los esposos se entregan totalmente el uno al otro y donde el amor se hace fecundo, gozoso y fiel.

El aspecto unitivo

La relación sexual es el lenguaje más completo del amor conyugal. A través de ella, los esposos expresan el don total y recíproco de sí mismos: cuerpo, alma y espíritu. En el gesto físico se hace visible la entrega interior; los cuerpos dicen con verdad lo que los corazones ya se han prometido: “te pertenezco, te recibo, confío en ti”.

Esta unión no es solo biológica o física, sino profundamente espiritual. Cada encuentro de amor auténtico renueva el pacto de la alianza matrimonial, une lo que el Señor ha unido y hace presente el misterio de Cristo y la Iglesia (cf. Ef 5, 31-32).

El aspecto fecundativo

El amor conyugal, cuando es verdadero, no se encierra en sí mismo. Su madurez se manifiesta en la apertura a la vida: el deseo de compartir el amor recibido engendrando nueva vida, física o espiritual.

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

El hijo, cuando llega, no es el fin del amor, sino su fruto. El amor no dice “quiero un hijo”, sino “quiero un hijo contigo”. Y si ese fruto no llega, la fecundidad puede expresarse de muchos modos: en la acogida, el servicio, el acompañamiento o la misión compartida.

Así, la pareja aprende que su amor no se mide por la descendencia, sino por la capacidad de amar y hacer vivir. El amor fecundo se abre a los demás, se desborda, crea comunidad, engendra esperanza.

El aspecto lúdico

Dios, que es Amor, ha querido que la unión de los esposos sea también fuente de alegría y ternura.

El placer que acompaña la entrega mutua no es un fin en sí mismo, sino una expresión natural del amor cuando se da con respeto, generosidad y cuidado del otro.

Integrar el deseo en la donación ayuda a que el gozo corporal sea también un gozo del alma, un reflejo del amor de Dios que “todo lo llena de hermosura”.

Por eso, la sexualidad alcanza su plenitud en el matrimonio, donde el amor se ha sellado en fidelidad y entrega total.

Antes y en el matrimonio, la castidad no es negación del amor, sino camino de crecimiento y libertad, escuela para aprender a amar sin poseer, preparando el corazón para una entrega verdadera y duradera.

Palabras del Padre Caffarel

“El amor es una realidad muy grande, muy santa, que se enraíza en lo más carnal del ser, pero que debe florecer en lo más espiritual. Este amor humano de un hombre y una mujer el uno por el otro, aun cuando se sitúa en zonas exteriores, es una introducción a un amor totalmente interior. Estamos hechos de tal manera que lo sensible inicia lo espiritual. La sexualidad, de la que fácilmente se habla mal, es una incitación a salir del egoísmo, una orientación el uno hacia el otro de dos seres que corrían el riesgo de permanecer cada uno en su torre de marfil. Esta atracción carnal —bien vivida, se entiende— hace que los seres se encuentren y, poco a poco, accedan a un amor de un nivel cada vez más elevado, hasta ese amor completamente bañado del amor de Dios que se llama la caridad conyugal.”

Anneau d’Or, noviembre-diciembre 1958, Hacia una espiritualidad del cristiano casado

Preguntas para preparar el diálogo conyugal

En el Cantar de los Cantares, la amada y el amado se buscan, se admiran, se pierden y se vuelven a encontrar. Su amor no es perfecto, pero es verdadero y apasionado. En la vida de pareja, ¿cómo cultivan esa búsqueda mutua? ¿Qué gestos, palabras o tiempos los ayudan a reencontrarse cuando la rutina o el cansancio apagan la ternura y el deseo? ¿Hay algo que sientan que el Señor los invita hoy a “volver a despertar” en su amor?

El Cantar celebra la belleza del cuerpo y del amor humano como algo querido por Dios. Su unión también es un reflejo de esa “llama divina” que no se apaga (Ct 8, 6). ¿Cómo viven la dimensión corporal y afectiva de su amor a la luz de la fe? ¿En qué momentos han sentido que su intimidad los unía más profundamente y los hacía experimentar algo del amor de Dios? ¿Cómo lo están viviendo actualmente?

La sexualidad, vivida en la alianza matrimonial, es lenguaje de comunión, apertura y donación. No se reduce al placer ni a la procreación, sino que expresa todo el amor de la pareja. En su camino, ¿cómo descubren el equilibrio entre el deseo de amar y el deseo de ser amados? ¿Qué pasos concretos podrían dar para que su relación sexual sea más plenamente expresión del amor fiel, tierno y fecundo de Dios? ¿somos capaces de hablar con verdad y respeto de nuestra vida afectiva y sexual, de nuestros deseos, dificultades o cansancios, sin miedo ni reproches? ¿Qué frutos vemos cuando lo hacemos desde la fe? ¿Qué hemos descubierto o redescubierto sobre nuestra forma de expresar nuestro amor en la relación sexual?

Desarrollo de la reunión

Pistas de reflexión para la puesta en común

La puesta en común es un momento de gracia para compartir cómo el Señor se hace presente en el amor humano, en la ternura y en la comunión de nuestras parejas. El Cantar de los Cantares nos recuerda que el amor verdadero, humano y sensible, puede ser el lugar donde Dios se revela y nos habla. Por eso, al compartir, podemos centrarnos en los momentos de este mes en los que hemos sentido la presencia de Dios en nuestro amor humano.

Participación

Les proponemos algunas pistas para la participación, que pueden ser una ayuda para dejar que Dios transforme nuestras vidas y relaciones.

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

El Cantar de los Cantares nos invita a redescubrir el amor humano como un espacio donde Dios se revela. A través de la Palabra, la oración, el diálogo y los pequeños compromisos de vida, aprendemos a cuidar la “llama del amor” que el Señor ha encendido en nuestro matrimonio.

La Escucha de la Palabra de Dios. El Cantar es una Palabra de amor que Dios nos dirige, mostrándonos su ternura a través del lenguaje humano del deseo, la belleza y la comunión. Escuchar esta Palabra nos ayuda a mirar a nuestro esposo o esposa con una mirada nueva, agradecida y creyente, descubriendo en el otro un don y un misterio ¿de qué manera la escucha de la Palabra nos ha ayudado a purificar nuestra mirada sobre el amor, el cuerpo y la sexualidad?

Por la oración conyugal, el amor humano, con su ternura y su deseo, puede convertirse en oración cuando lo ofrecemos a Dios. En la oración conyugal presentamos nuestra vida afectiva, nuestras alegrías y fragilidades, dejando que el Espíritu renueve nuestra unión. Les invitamos a que este mes concluyan su oración conyugal rezando juntos “Ponme como un sello sobre tu corazón” (Ct 8, 6), pidiendo al Señor que fortalezca su vínculo y les enseñe a amar con fidelidad

La Regla de Vida, entendida como ese pequeño paso concreto que nos ayuda... puede convertirse en un gesto de ternura más consciente, una palabra amable en lugar de un reproche, un tiempo reservado a solas para compartir, o el compromiso de rezar juntos más fielmente. No se trata de hacer más cosas, sino de vivir con más amor.

La Oración

Tomemos un momento de silencio para dejarnos envolver por la ternura del Señor, que en el Cantar de los Cantares nos dice:

“Levántate, amada mía, hermosa mía, y ven.

Porque ha pasado el invierno, cesaron las lluvias,
aparecen las flores en la tierra” (Ct 2, 10-12).

Como en el despertar de la primavera, también nuestro amor está llamado a renovarse cada día. Hay inviernos en la vida de pareja —tiempos de cansancio, rutina o distancia—, pero Dios nos invita a levantarnos y volver a salir al encuentro del otro con la misma pasión de los comienzos, con una ternura madura que sabe perdonar, esperar y alegrarse.

Pidamos al Señor la gracia de redescubrir en nuestro matrimonio la belleza y la alegría de amarnos como Él nos ama: con un amor libre, fiel, fecundo y

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

lleno de esperanza. Que nuestros cuerpos, nuestras palabras y gestos sean reflejo de su amor creador, fuente de comunión y alabanza.

Podemos orar en voz alta con una fórmula sencilla, por ejemplo:

- “Te doy gracias, Señor, por el amor que nos une y por tu presencia que lo hace fecundo y fiel.”
- “Te pido, Señor, que renueves en nosotros la alegría de mirarnos con amor, como al principio, y de descubrirte en lo cotidiano.”
- “Te ofrezco, Señor, nuestra vida conyugal: haz de nuestro amor un signo visible de tu ternura en el mundo.”

Oramos todos

Señor Jesús, Esposo y Amigo, Tú que revelaste en el amor humano un reflejo de tu propio amor, haz de nuestro matrimonio un jardín donde florezcan la ternura, la fidelidad y la alegría.

Enséñanos a amarnos con un amor paciente y generoso, a cuidar los pequeños gestos que alimentan la unión, y a reconocer en el otro tu rostro amable y cercano.

Que tu Espíritu renueve en nosotros la pasión y la ternura, para que seamos testigos de que el amor verdadero no se apaga ni se agota, porque “fuerte es el amor como la muerte” (Ct 8, 6). Amén.

Terminamos la oración con el Padre Nuestro

Cambio de impresiones sobre el tema - Algunas pistas

El Cantar de los Cantares nos ha invitado este mes a redescubrir la belleza del amor humano en todas sus dimensiones: espiritual, afectiva y corporal. En la mirada de Dios, la sexualidad no es un tabú ni algo profano, sino un lenguaje sagrado que expresa el don total de dos personas que se aman. Este tiempo de reflexión y oración puede habernos ayudado a reconocer aspectos de nuestra vida conyugal que necesitan renovarse, reconciliarse o ser celebrados con gratitud.

Les proponemos algunas preguntas para compartir desde la experiencia vivida durante el mes:

El Cantar nos muestra un amor que busca y se deja encontrar. ¿Cómo nos ha ayudado a mejorar la cercanía, la ternura y la comunicación profunda en pareja?

La sexualidad es un lenguaje del amor. ¿Qué hemos descubierto o redescubierto sobre la manera de expresar nuestro amor sexualmente? ¿Qué aspecto de este capítulo te ha ayudado a reconciliar fe y corporalidad, amor humano y amor de Dios?

El amor conyugal está llamado a ser fecundo. Más allá de la fecundidad biológica, ¿el tema nos ha ayudado a reconocer la fecundidad de nuestro amor? ¿En qué medida? ¿De qué manera podemos abrirnos más a una fecundidad espiritual que transforme nuestro entorno? ¿Has descubierto alguna llamada concreta para cuidar mejor la comunión total en tu matrimonio? ¿en el respeto, la ternura, la escucha, el deseo o la apertura a la vida?

Capítulo 6

La familia, corazón del Reino

“El que cumple la voluntad de mi Padre... ese es mi hermano, mi hermana y mi madre.”

(Mt 12, 50)

Objetivos

1. Redescubrir en los Evangelios el rostro familiar de Dios.
2. Comprender cómo Jesús resituía la familia y reconocer en María y José modelos de vocación familiar.
3. Aprender a vivir la familia como Iglesia doméstica.

Lectura de la Palabra

Lectura del Santo Evangelio según San Lucas 2, 39-52.

Cuando cumplieron todo lo prescrito por la Ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él.

Sus padres iban todos los años a Jerusalén a la fiesta de la Pascua. Cuando tuvo doce años, subieron según la costumbre de la fiesta. Y al volverse, pasados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin saberlo sus padres.

Creyendo que iba en la caravana, hicieron un día de camino y lo buscaban entre los parientes y conocidos. Al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén buscándolo.

Y al cabo de tres días lo hallaron en el Templo, sentado en medio de los doctores, escuchándolos y haciéndoles preguntas; y todos los que le oían estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas.

Cuando lo vieron, quedaron maravillados, y su madre le dijo: “Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados.” Él les contestó: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo ocuparme de las cosas de mi Padre?” Pero ellos no comprendieron lo que les dijo.

Bajó con ellos, fue a Nazaret y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón. Y Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres.

Comentario

Introducción

Después de recorrer el Antiguo Testamento, hemos ido descubriendo cómo la familia aparece como el hilo invisible que une toda la historia de la salvación. En los patriarcas vimos cómo Dios llama a un hombre y a una mujer — Abrahán y Sara— para hacer de su descendencia un pueblo.

Ahora, al adentrarnos en los Evangelios, la revelación alcanza su plenitud: Dios mismo entra en una familia humana. El misterio de la Encarnación acontece en el calor de un hogar, en el sí de María, en la obediencia de José, en la casa de Nazaret. No es casualidad: al hacerse hombre, el Hijo de Dios elige la familia como su primer templo, su primera escuela y su primera comunidad de amor.

La familia de Nazaret se convierte así en síntesis y cumplimiento de todo el Antiguo Testamento: el hogar donde Dios habita, donde su Palabra se hace carne, donde la Alianza se renueva en el silencio de la vida cotidiana. Allí Jesús crece, aprende a llamar a Dios “Abbá”, experimenta el amor humano y se prepara para revelar al mundo el rostro del Padre.

En los Evangelios, la mirada de Jesús hacia la familia es sorprendente y nueva. Él no la idealiza, pero tampoco la niega. La purifica, la abre, la ensancha. Jesús asume la realidad familiar de su tiempo —con sus luces y sombras—, pero la ilumina desde dentro con la verdad del Reino. Frente a una concepción cerrada, basada en la sangre, el honor o la ley, Jesús revela una familia fundada en la escucha de la Palabra y el cumplimiento de la voluntad de Dios (Mc 3, 35).

De este modo, la familia ya no es solo el lugar al que se pertenece por nacimiento, sino el espacio donde se aprende a amar y a servir como hijos e hijas de un mismo Padre.

Los Evangelios nos muestran que Jesús vive y actúa en familia: comparte la vida de Nazaret, participa en bodas y comidas, entra en las casas de los

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

enfermos y los pecadores, consuela a las madres que lloran, devuelve los hijos a sus padres, reconcilia a los hermanos. En sus gestos cotidianos, Jesús devuelve a la familia su dignidad original: ser lugar de encuentro con Dios, de ternura y de reconciliación.

A la luz de esta clave, los Evangelios se revelan como un auténtico Evangelio de la familia. El hogar de Nazaret, las casas de Betania, la mesa de Zaqueo, la boda de Caná, la viuda de Naín, la parábola del hijo pródigo, los niños acogidos y bendecidos por Jesús... todos son rostros y escenas de un mismo misterio: Dios quiere habitar entre nosotros como en una familia, como signo visible del Reino de Dios.

Comentario

El contexto familiar en tiempos de Jesús

Jesús nació y creció en una época marcada por grandes cambios sociales, económicos y religiosos.

Tras la dominación asmonea llegaron los romanos y, con ellos, una profunda crisis económica y política. A la inestabilidad se unían los desastres naturales, las hambrunas y las desigualdades, que generaron una sociedad con tres grandes grupos familiares:

- Un 10% de familias acomodadas, extensas, con poder y sirvientes.
- La mayoría (75%), familias sencillas, campesinas o artesanas, que vivían en casas de adobe, compartiendo patios y recursos mínimos.
- Un 15% marginado, formado por esclavos, enfermos, viudas, huérfanos, desheredados... sin hogar ni familia.

Jesús vivió entre los pobres y los marginados, y precisamente con ellos tuvo su mayor cercanía.

El mundo esperaba la intervención de Dios, una salvación “desde lo alto”. En ese clima de esperanza apocalíptica y de vulnerabilidad humana se sitúa el mensaje de Jesús.

La experiencia familiar de Jesús

Jesús conoció el gozo y el dolor de la familia. Vivió en Nazaret, en un hogar sencillo, donde aprendió el amor y la fe. Su relación con María y José lo marcó profundamente: en ese hogar descubrió lo que significa llamar a Dios “Abbá”, Padre.

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

Pero también conoció el sufrimiento familiar: la probable muerte de José, el desconcierto de sus parientes, la soledad de su misión.

Por eso, Jesús entiende el dolor de las familias rotas y se acerca con ternura a quienes sufren.

Su mirada hacia la familia no es moralizante. Jesús entra en las casas, no para fiscalizar la vida de las familias, sino para curarlas desde dentro. En Cafarnaúm cura a la suegra de Pedro (Mc 1, 29-31), en Naín devuelve el hijo a la viuda (Lc 7, 11-17), en Betania acoge la amistad de Marta, María y Lázaro (Jn 11). Cada gesto suyo restaura la vida familiar: sana el cuerpo, pero también cura las heridas del alma y de las relaciones.

Su palabra y su presencia restablecen lo que estaba roto: el perdón entre hermanos, la reconciliación entre padres e hijos, la esperanza en quienes han perdido a los suyos. Como profetiza Malaquías (Ml 3, 24): “Él reconciliará el corazón de los padres con los hijos y el corazón de los hijos con los padres”. Jesús cumple esa promesa.

Jesús también libera a la familia de las cadenas culturales... para que esta deje de ser un espacio cerrado o autorreferencial y se convierta en un hogar abierto, inclusivo y compasivo.

También mira a la familia como semilla del Reino, llamada a reflejar la comunión misma de Dios. En sus palabras y gestos, invita a construir relaciones basadas no en la sangre o el mérito, sino en la escucha de la Palabra y la voluntad del Padre (Mc 3, 31-35). Así amplía el horizonte de la familia: de la casa de Nazaret a la gran familia de los hijos de Dios, la Iglesia.

Jesús dignifica a los miembros de la familia

El padre

En la figura de San José, la familia encuentra un modelo de fidelidad, confianza y entrega silenciosa. Con corazón de padre —como lo presenta el Papa Francisco en *Patris corde*—, José enseña que la autoridad no consiste en dominar, sino en servir. Su paternidad es creativa y responsable: acoge el misterio de María y del Niño con fe obediente, afronta las dificultades con esperanza y busca caminos nuevos cuando todo parece cerrado. Así, revela que lo esencial en la vida familiar no es el éxito o el control, sino la fidelidad al amor recibido y confiado por Dios.

Al mismo tiempo, José es guardián de la ternura y maestro del discernimiento. Su silencio está lleno de escucha y oración; su fortaleza, tejida de mansedumbre.

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

En él aprendemos que toda familia puede ser un “Nazaret”: un lugar donde Dios habita en lo sencillo, en el trabajo cotidiano y en los gestos de amor silencioso. San José, hombre justo y obediente al Espíritu, sigue mostrando a las familias de hoy el camino de la confianza, la custodia mutua y la fe encarnada en lo cotidiano.

La madre

María es el rostro materno de la fe. En ella, la familia descubre que ser madre no es solo dar la vida biológica, sino acoger y acompañar el misterio del otro con amor fiel y esperanzado. María concibe a Jesús en la carne, pero sobre todo en la fe: su maternidad nace de escuchar la Palabra, guardarla y hacerla vida. Por eso es modelo de toda madre y de toda comunidad creyente: enseña a engendrar a Cristo en medio de la historia y a sostener la vida cuando todo parece incierto.

Su maternidad es también escuela de compasión y fortaleza. María educa en el silencio de Nazaret, acompaña en el camino de la cruz y permanece junto a la vida que renace en la Resurrección. No protege para retener, sino para liberar; no guarda para poseer, sino para confiar. En ella, la familia aprende que el amor verdadero no encierra, sino que impulsa; no teme el dolor, sino que lo transforma en esperanza. María es, así, prototipo de madre y figura de la Iglesia, la que engendra y cuida, la que sostiene la fe de sus hijos y los lanza a vivir el Evangelio en el mundo.

Los hijos

En la Sagrada Familia, Jesús revela el valor inmenso de los hijos. En una cultura donde los pequeños apenas contaban, Él los pone en el centro, los bendice y los abraza. En el hogar de Nazaret, el Hijo eterno aprende a ser hijo humano, a crecer en obediencia, libertad y sabiduría. Los hijos no son propiedad ni proyecto de los padres, sino don confiado por Dios, espejo de su ternura y promesa de futuro.

Jesús, al decir “de los que son como ellos es el Reino de Dios”, nos recuerda que los hijos enseñan a los adultos el camino del Evangelio: la confianza que se abandona, la alegría que se renueva, la sencillez que acoge. En toda familia, los hijos ayudan a mantener viva la esperanza y a purificar el amor, porque con su presencia obligan a los padres a salir de sí mismos y abrirse al don de la vida. Así, el niño de Nazaret y los niños de cada hogar son memoria viva de que el Reino pertenece a quienes saben recibirlo con corazón humilde.

Jesús resitúa el sentido de la familia

A primera vista, algunos dichos de Jesús pueden sonar exigentes o incluso desconcertantes: “El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí” (Mt 10, 37); “Dejad que los muertos entierren a sus muertos” (Lc 9, 60). Pero estas palabras no son un rechazo de la familia, sino una llamada a liberarla de absolutismos. Jesús no destruye el vínculo familiar: lo purifica, lo ordena y lo abre al amor de Dios. Solo el Padre puede ocupar el centro absoluto de la existencia; todo lo demás —también la familia— se comprende desde Él y en referencia a Él.

En Nazaret, Jesús vivió la belleza cotidiana del hogar: “crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres” (Lc 2, 52). Allí aprendió la obediencia y la ternura, el trabajo y la entrega silenciosa. Pero su misión lo llevó más allá de los límites del parentesco: a formar una nueva familia, la de los que “escuchan la Palabra de Dios y la cumplen” (Lc 8, 21; cf. Mc 3, 35).

Jesús no rompe con la familia: la renueva desde el Evangelio. Defiende la fidelidad matrimonial (Mt 19, 3-9), no como norma rígida, sino como expresión de una comunión verdadera que respeta la dignidad de ambos, especialmente de la mujer, tantas veces relegada en su tiempo. Predica en las casas, come con familias, entra en sus historias y heridas. Envía a sus discípulos con un saludo familiar: “En la casa donde entréis, decid: Paz a esta casa” (Lc 10, 5). En su ministerio, la casa se convierte en lugar de encuentro, de fe y de misión.

En la sociedad del tiempo de Jesús, la familia estaba construida sobre la sangre, el patrimonio y el honor. Jesús propone otra base: un mismo Espíritu que une, una misma promesa, una misma historia de salvación. Ya no se pertenece por nacimiento, sino por fe. “El que cumple la voluntad de mi Padre que está en los cielos, éste es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Mt 12, 50). Los lazos del Espíritu amplían los de la carne y abren a una fraternidad universal.

De este modo, la familia se convierte en medio, no en fin: escuela de salida, de entrega, de servicio al Reino. En Nazaret se aprende a amar; en la vida pública se aprende a entregar ese amor. La familia es verdaderamente cristiana cuando forma personas libres, capaces de amar y de servir, cuando enseña a vivir de cara a Dios y abiertos al mundo.

Como recuerda el Papa Francisco, “las familias son el rostro sonriente de la Iglesia y el lugar donde Dios habita con alegría” (Amoris Laetitia, 1). Las sociedades fuertes se construyen sobre familias fuertes.

Palabras del Padre Caffarel

“Pero Dios no espera solamente de la unión del hombre y la mujer que sea imagen de la unión de Cristo y de la Iglesia. La quiere al servicio de esta unión para contribuir a su realización. Desde este punto de vista también, la unión de José y María domina todas las demás. Es en ella donde Cristo nace y hace su entrada en la historia de la humanidad. Es en ella también, como en su fuente, donde la Iglesia comienza; es en ella finalmente donde Cristo inaugura, con su Iglesia, una intimidad que no tendrá fin. Sí, la unión de José y María es ya la Iglesia, porque es la primera comunidad humana salvada por Cristo, la primera entregada a la acción de su amor transformante, desde el primer día y a lo largo de los largos años de vida común.

Contemplemos a este hombre y esta mujer que, al caer la noche, acaban de cenar con su hijo ya mayor. Escuchan atentamente cómo «les interpreta lo que le concierne en las Escrituras, comenzando por Moisés y recorriendo todos los profetas» (cf. Lc 24, 27); con él, callan, adoran al Padre de los Cielos; con él, interceden por el mundo inmenso. Es la primitiva Iglesia, es el misterio de la Iglesia, de la unión de Cristo y de la Iglesia. Entonces era visible aquello que debemos aceptar sin ver: la presencia de Cristo en medio de los suyos. Pero entonces esta Iglesia naciente era perfectamente santa: sus miembros no eran cómplices del mal —aunque José no estuviera, como María, preservado del pecado original y de sus secuelas. Más aún, estaban completamente entregados al torrente de la gracia que, por anticipación, les venía de aquella cruz hacia la cual su hijo caminaba. La unión de José y María permanece para la cristiandad como la gran referencia: la Iglesia entrevé lo que debe ser y hacer contemplando cómo José y María se comportaban con Jesús. Esta unión es también referencia para todos los hogares, porque todo hogar cristiano debe ser, a ejemplo de aquel de Nazaret, una imagen, una realización nueva, una manifestación de la santidad de la unión de Cristo y de la Iglesia.”

Henri Caffarel, Anneau d’Or, Número 123-124, Mayo-Agosto 1965, número especial. *No temas recibir a María, tu esposa.*

Preguntas para preparar el diálogo conyugal

En los Evangelios, la familia de Nazaret aparece como un hogar sencillo donde Dios habita en lo cotidiano. María, José y Jesús viven el amor, la obediencia y la fe en medio del trabajo, las preocupaciones y la alegría de cada día. En su hogar, ¿cómo descubren la presencia de Dios en lo pequeño, en las tareas diarias, en la educación de los hijos, en la atención a los nietos, en los momentos de cansancio o de paz? ¿Qué signos concretos les ayudan a reconocer que su casa también puede ser un Nazaret, un lugar donde Dios se hace cercano?

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

Jesús, al crecer en Nazaret, aprendió a amar, a escuchar, a obedecer y a servir. Pero su misión lo llevó más allá, hasta ampliar los lazos familiares para incluir a todos los que cumplen la voluntad del Padre (Mc 3, 35). En su vida, ¿cómo experimentan que su familia está llamada a abrirse a los demás, a acoger, a servir, a compartir? ¿Qué espacio tiene la solidaridad, la hospitalidad o la participación en la comunidad en su modo de vivir como matrimonio y familia cristiana?

Jesús no anula la familia, la renueva. La libera del egoísmo y la encamina hacia el Reino. Enseña que la familia no es un fin cerrado, sino una escuela del amor que impulsa a salir de sí misma. ¿Qué aspectos de su vida familiar necesitan “resituarse” desde el Evangelio? ¿Qué les pide el Señor para que su familia no se encierre, sino que sea un signo de comunión y una casa abierta a la voluntad de Dios?

Desarrollo de la reunión

Pistas de reflexión para la puesta en común

En esta reunión, queremos contemplar la luz que brota de la Sagrada Familia y descubrir cómo Jesús, María y José nos enseñan a vivir el Evangelio en nuestras propias familias: en la escucha mutua, la paciencia, el perdón y la apertura a la voluntad de Dios.

En la puesta en común podemos centrarnos en cómo hemos experimentado en este tiempo la presencia de Dios en nuestro hogar, en los momentos de alegría o dificultad, y en cómo hemos experimentado la presencia de Dios en este tiempo y en cómo el ejemplo de Nazaret ilumina nuestra vida.

Participación

A la luz de este tema, ¿cómo los puntos concretos de esfuerzo nos ayudan a vivir nuestra familia como un lugar donde el Reino de Dios se hace presente, especialmente en lo cotidiano y sencillo?

Al contemplar la vida de la Sagrada Familia en Nazaret, nos impresiona descubrir que Dios eligió revelarse en lo cotidiano: en el trabajo, en la obediencia, en el crecimiento lento y silencioso. Jesús vive sujeto a sus padres y María guarda todo en su corazón (Lc 2, 51-52). No hay gestos extraordinarios, pero todo está lleno de Dios.

En María descubrimos que guardar las cosas en el corazón es una forma de escucha profunda de la Palabra de Dios incluso cuando no la comprendía del todo. Su corazón es el lugar donde la Palabra no se juzga ni se controla, sino

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

que se acoge y se deja madurar con el tiempo. Así, la escucha se convierte en fe y la fe, en vida cotidiana ¿de qué manera la escucha de la Palabra nos ha ayudado este mes a guardar en nuestro corazón algún aspecto de nuestra familia? ¿Nos ha ayudado a valorar más el lugar y la dignidad de cada miembro de la familia?

Por la oración conyugal, nosotros, como María y José presentamos al Señor lo que vivimos, lo que nos alegra y lo que nos desconcierta, sin prisas por entenderlo todo. Les invitamos a que este mes concluyan su oración conyugal poniendo su familia en manos del Padre y pidiendo la gracia de escuchar su voluntad y acogerla con confianza, como en Nazaret ¿Les ha ayudado a presentarla al Padre tal y como es, con sus cansancios, tensiones y alegrías? ¿les ha ayudado a reconocer su familia como un don de Dios?

La Regla de Vida puede ayudarnos a vivir nuestro hogar como un Nazaret cotidiano, los pequeños pasos que podamos vivir irán configurando nuestro hogar como una verdadera Iglesia doméstica, un sacramento del amor de Dios abierto a su voluntad y al servicio del Reino ¿Podríamos fijarnos una regla de vida este mes que sirva para ayudar en algún aspecto concreto a quien más lo esté necesitando en este momento en nuestra familia?

La Oración

Tomemos un momento de silencio para entrar en el hogar de Belén, ese lugar sencillo donde Dios quiso nacer, y dejarnos iluminar por la Palabra que nos dice:

Lectura del Evangelio según San Lucas, Lc 1, 1-7.

¹Sucedio en aquellos días que salió un decreto del emperador Augusto, ordenando que se empadronase todo el Imperio. ²Este primer empadronamiento se hizo siendo Cirino gobernador de Siria. ³Y todos iban a empadronarse, cada cual a su ciudad. ⁴También José, por ser de la casa y familia de David, subió desde la ciudad de Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, ⁵para empadronarse con su esposa María, que estaba encinta. ⁶Y sucedió que, mientras estaban allí, le llegó a ella el tiempo del parto ⁷y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada. Lc 1, 1-7

Lector: Señor, Tú entras en nuestra historia sin hacer ruido, en el camino, en la precariedad, en una familia que confía.

Todos: Haznos capaces de reconocerte en lo sencillo y en lo cotidiano.

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

Lector: José y María no encuentran lugar, pero no se detienen ni se rebelan: acogen la realidad y siguen adelante.

Todos: Enséñanos a confiar cuando no entendemos tus caminos.

Lector: Jesús nace en una familia pobre, en un hogar que no lo tiene todo, pero que lo ofrece todo.

Todos: Haz de nuestras familias un lugar donde Tú puedas nacer.

Lector: En Belén, la familia se convierte en Iglesia primera, en espacio de acogida, de fe y de esperanza para el mundo.

Todos: Que nuestros hogares sean casa abierta y signo de tu Reino.

Podemos añadir espontáneamente breves peticiones o acciones de gracias.

Como María, queremos aprender a leer lo que vivimos, no desde el miedo, sino desde la acción de gracias y la alabanza, por ello, unidos a ella, y a todos los equipistas del mundo elevamos nuestra alabanza al Señor: Proclama mi alma...

Cambio de impresiones sobre el tema - Algunas pistas

Todos, seguramente, hemos vivido experiencias familiares, o conocemos de primera mano experiencias de algunas familias que pueden resultar descorazonadoras o poco motivadoras a la hora de transmitir en nuestras propias familias estos valores de luz, verdad y fidelidad a los que estamos llamados. Al mismo tiempo, con certeza conocemos estas virtudes en nuestro entorno más inmediato. Mirando ambos escenarios:

1. ¿Qué momento guardan en sus corazones como un tesoro de vivencia familiar en la que la presencia de Cristo se hizo meridianamente clara para todos o para algunos miembros de sus familias?
2. ¿Han vivido alguna experiencia de ampliación de horizontes familiares en la que otras personas, sin vínculo de sangre con su familia, han hecho presente el amor de Cristo en su entorno más cercano?
3. ¿Creen que alguna de las experiencias que han recordado podría ayudar a alguna familia que conozcan que necesita un poco de luz en estos momentos?

Capítulo 7

La familia evangelizadora

“Pablo... a la Iglesia que se reúne en tu casa”

(Flm 1 ,2)

Objetivos

1. Descubrir la novedad del Evangelio en la enseñanza de San Pablo sobre la familia.
2. Reconocer la familia como Iglesia doméstica, primera comunidad de fe y amor.
3. Profundizar en el amor como don que da forma a todas las relaciones familiares.
4. Comprender los textos paulinos sobre el matrimonio desde la mutua entrega en Cristo.

Lectura de la Palabra

Lectura de la primera carta del Apóstol San Pablo a los Corintios 13, 1-10.

¹Si hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tengo amor, no sería más que un metal que resuena o un címbalo que aturde.

²Si tuviera el don de profecía y conociera todos los secretos y todo el saber; si tuviera fe como para mover montañas, pero no tengo amor, no sería nada. ³Si repartiera todos mis bienes entre los necesitados; si entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tengo amor, de nada me serviría. ⁴El amor es paciente, es benigno; el amor no tiene envidia, no presume, no se engríe; ⁵no es indecoroso ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; ⁶no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. ⁷Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. ⁸El amor no pasa nunca. Las profecías, por el contrario, se acabarán; las lenguas cesarán; el conocimiento se acabará.

⁹*Porque conocemos imperfectamente e imperfectamente profetizamos;*

¹⁰*mas, cuando venga lo perfecto, lo imperfecto se acabará.*

Comentario

Introducción

A lo largo de todo nuestro recorrido por la historia de la salvación hemos contemplado cómo el Amor de Dios se revela y se encarna en la vida humana: desde la creación, donde el hombre y la mujer son llamados a reflejar su imagen en la comunión; pasando por la alianza, donde Dios se compromete con su pueblo como un esposo fiel; hasta llegar a la plenitud del amor en Cristo, que se entrega por la humanidad y renueva todas las relaciones humanas.

En este camino hemos descubierto que la familia no es solo una realidad natural, sino una vocación divina, un lugar teológico donde el Amor de Dios se hace visible y creíble. En el Cantar de los Cantares, ese amor humano se revelaba como un espacio donde Dios se manifiesta.

Con San Pablo damos ahora un paso más: entramos en la etapa de la Iglesia naciente, donde el Evangelio comienza a transformar las casas y las relaciones familiares desde dentro. San Pablo no escribe tratados sistemáticos, pero en sus cartas —nacidas en medio de comunidades concretas, con sus luces y sus tensiones— encontramos una profunda visión del amor y de la familia a la luz de Cristo.

Pablo comprende que el Evangelio no destruye la vida cotidiana, sino que la transfigura. Su mensaje penetra en las estructuras más básicas del mundo antiguo —la casa, el matrimonio, las relaciones entre padres e hijos, amos y siervos— para llenarlas del Espíritu de Cristo. Así, la familia, que era la célula social fundamental del Imperio Romano, se convierte poco a poco en una “Iglesia doméstica”, donde se aprende el amor como don y servicio, y donde cada relación encuentra su medida en Cristo.

San Pablo

Pablo, judío de la diáspora formado en la cultura helenística y ciudadano romano, pudo moverse con libertad por las ciudades del Mediterráneo. Su horizonte era amplio, pero su corazón permanecía arraigado en la fe de Israel. Todo cambia radicalmente en su encuentro con Cristo en el camino de Damasco: allí comprende que el Crucificado, el que parecía maldito, es en realidad el Mesías y el Hijo de Dios. Esta experiencia pascual abre sus ojos y renueva su mente: ya no ve a Dios desde la ley, sino desde la gracia; ya no

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

concibe la salvación como mérito humano, sino como don de Amor gratuito. En ese encuentro descubre que la fuerza de Dios se manifiesta en la debilidad y que la cruz reordena toda la escala de valores humanos.

Desde entonces, su mirada sobre la humanidad se vuelve radicalmente nueva: “Ya no hay judío ni griego, esclavo, ni libre, hombre ni mujer, porque todos sois uno en Cristo Jesús” (Ga 3, 28). En esta afirmación late el núcleo de su comprensión de la Iglesia como una nueva familia universal, nacida del bautismo y sostenida por la gracia. En Cristo, las divisiones sociales, étnicas o familiares quedan relativizadas, porque surge un nuevo tipo de fraternidad: la de los hijos e hijas de Dios.

En su misión apostólica —que tuvo como principales centros Corinto y Éfeso—, Pablo se encontró con una sociedad plural y fragmentada: comerciantes, filósofos, artesanos, esclavos, familias de distintos orígenes... Allí, en medio de ese mosaico humano, el Apóstol del Evangelio anuncia una Buena Noticia que no sólo cambia las creencias, sino también las formas de convivencia y los vínculos familiares. Su propuesta no consiste en una moral nueva, sino en una humanidad renovada en Cristo. Por eso, ante la “casa” —núcleo social de la época y símbolo de toda relación humana—, Pablo ofrece un horizonte renovado: el hogar se convierte en una pequeña Iglesia doméstica, lugar de comunión, servicio mutuo y transmisión de la fe.

En sus cartas, especialmente a los Efesios, Colosenses, Corintios y Filipenses, encontramos las claves de esa visión: la familia no se fundamenta sólo en la sangre, sino en el Espíritu; no se rige por la ley del poder, sino por la lógica del amor que se entrega; no busca el éxito o la perfección, sino la fidelidad y la comunión. En este sentido, la Iglesia, cuerpo de Cristo, es la gran familia donde toda familia cristiana encuentra su sentido y misión: ser reflejo del Amor de Dios, espacio de reconciliación y anticipo del Reino.

La casa/familia: la ecclesia domestica

En el mundo antiguo, la casa (oikos) era el corazón de la vida social. No se trataba solo de un hogar privado, sino de una unidad económica, educativa y religiosa, donde se entrelazaban relaciones de parentesco, trabajo y fe. El pater familias era el garante del orden y del culto doméstico, y sobre él recaía la autoridad casi absoluta sobre todos los miembros.

En este contexto, la casa era el núcleo estructural del Imperio y de la sociedad grecorromana. Cuestionar su orden patriarcal era visto como una amenaza al equilibrio social. Pablo, sin embargo, elige un camino sorprendente: no destruye la casa, sino que la evangeliza. Al anunciar a Cristo en las casas,

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

convierte ese espacio cotidiano en un lugar teologal, una célula viva del nuevo Pueblo de Dios.

Cuando llega a una ciudad, Pablo no empieza su misión construyendo templos ni fundando instituciones, sino buscando hogares abiertos a la fe. En ellos predica, ora, celebra la fracción del pan y establece comunidades que se reúnen “en casa de...” Aquila y Priscila, Febe, Filemón o Ninfa son algunos ejemplos de estos anfitriones y líderes de las primeras comunidades.

“Las Iglesias de Asia os saludan. Aquila y Priscila, con la Iglesia que se reúne en su casa, os saludan mucho en el Señor” (1 Cor 16, 19). “A Filemón, nuestro querido colaborador, a la hermana Apia, y a la Iglesia que se reúne en tu casa” (Flm 1, 1-2).

Así, la casa se convierte en Iglesia: lugar de comunión, oración y misión. En torno a la mesa y la Palabra, los creyentes experimentan una fraternidad nueva que relativiza las jerarquías sociales y los privilegios.

La carta a Filemón es un ejemplo paradigmático de esta transformación. Pablo intercede por Onésimo, un esclavo, y pide que lo acojan “ya no como esclavo, sino como hermano querido” (Flm 16). No denuncia directamente la esclavitud —imposible en su contexto—, pero introduce un principio nuevo que la desactiva desde dentro: la fraternidad en Cristo.

De este modo, la casa deja de ser solo una estructura de poder y pasa a ser un espacio de gracia donde se aprende a vivir la reciprocidad del amor cristiano. Las relaciones familiares y sociales se reinterpretan a la luz de la comunión trinitaria: en el matrimonio, en la relación padres-hijos y en la convivencia fraterna se transpara el rostro de Dios.

Por eso, las casas cristianas son llamadas iglesias domésticas: pequeñas comunidades donde se vive, se celebra y se transmite la fe.

La *ecclesia*: una nueva familia en Cristo

El anuncio de Pablo no se limita a la casa como ámbito social, sino que abre un horizonte más amplio: la comunidad cristiana como nueva familia de Dios. Su experiencia de Cristo resucitado lo lleva a comprender que el vínculo más fuerte no es el de la sangre ni el de la Ley, sino el del Espíritu que hace hermanos a todos los creyentes. “Ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios” (Ef 2, 19).

La Iglesia es, por tanto, una nueva realidad familiar donde se superan las divisiones y se aprende a vivir en comunión. En ella cada creyente ocupa un lugar único, pero todos están unidos por el mismo Espíritu y llamados a edificar el Cuerpo de Cristo.

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

En sus cartas, Pablo recurre constantemente a imágenes familiares para describir la vida eclesial: hermanos y hermanas, hijos e hijas, padres en la fe... Él mismo se presenta como una madre que da a luz a sus hijos en el Evangelio (cf. Ga 4, 19) o como un padre que exhorta con ternura (cf. 1 Ts 2, 11).

Esta dimensión familiar no es sentimental ni simbólica: es la forma concreta en que la fe se hace carne. La comunidad cristiana es una “casa habitada por Dios” (Ef 2, 22), donde cada miembro participa activamente de la vida común y del servicio mutuo. En ella se aprende a amar, a perdonar, a compartir los bienes y a vivir la fe en medio del mundo.

En este sentido, la Iglesia es una familia de familias, llamada a ser signo del Amor de Dios en la historia. Cada familia cristiana prolonga y encarna en lo cotidiano la comunión de la gran familia eclesial. Por eso, Pablo exhorta:

“Revestíos de sentimientos de compasión, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga queja contra otro. Y por encima de todo, el amor, que es el vínculo de la perfección” (Col 3, 12-14).

La novedad cristiana consiste precisamente en esto: que la vida cotidiana se convierte en espacio de gracia. Las relaciones familiares —marido y mujer, padres e hijos, hermanos y hermanas— se transforman en lugares donde se experimenta el amor de Cristo. En este sentido, la ecclesia es, para Pablo, una gran casa habitada por Dios, una familia donde todos son acogidos, incluidos los más débiles y vulnerables.

Familia e Iglesia: “Vivid sometidos unos a otros” (Ef 5, 21)

Uno de los pasajes más conocidos y, a la vez, más malinterpretados de San Pablo es el que dice:

“Las mujeres estén sometidas a sus maridos, como al Señor... Los maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella” (Ef 5, 22.25).

Leído fuera de su contexto histórico y teológico, este texto ha sido utilizado durante siglos para justificar la subordinación de la mujer al varón. Sin embargo, nada más lejos de la intención del Apóstol. Para comprenderlo correctamente, es necesario leerlo desde su centro: el versículo que lo introduce y da sentido a todo el pasaje:

“Vivid sometiendoos unos a otros en el temor de Cristo” (Ef 5, 21).

Este versículo es la clave hermenéutica. Pablo no propone una relación de

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

dominación, sino una relación de reciprocidad y servicio mutuo. La sumisión de la que habla no tiene que ver con la obediencia servil, sino con la actitud de amor que se pone al servicio del otro, imitando a Cristo, que “no vino a ser servido, sino a servir y dar su vida” (Mc 10, 45).

El Apóstol utiliza el lenguaje y las categorías del “código doméstico” grecorromano —un modelo social profundamente patriarcal, en el que el *pater familias* tenía autoridad sobre la esposa, los hijos y los esclavos—, pero introduce en él un principio revolucionario: el Amor de Cristo. No destruye la estructura, la subvierte desde dentro. En lugar de imponer poder, propone comunión; en lugar de obediencia forzada, propone donación mutua.

Así, cuando dice “mujeres, someteos a vuestros maridos”, no está legitimando la desigualdad, sino invitando a vivir la relación conyugal como espacio de fe y de comunión. Y cuando dice “maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia”, eleva al varón a una exigencia inaudita en su tiempo: amar hasta la entrega total, hasta la cruz.

El centro del texto no está en la sumisión, sino en el modelo de amor que se propone: Cristo mismo.

Pablo llama a los esposos a reflejar, en su relación recíproca, el misterio de Cristo Esposo y de la Iglesia Esposa: un amor gratuito, tierno y fecundo, donde nadie domina y nadie se somete pasivamente, sino que ambos se entregan en libertad y en fe.

Por eso concluye: “Este es un gran misterio, y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia” (Ef 5, 32).

En este “gran misterio”, la familia se convierte en icono de la comunión trinitaria. El matrimonio no es una institución de poder, sino un signo sacramental del Amor de Dios, donde el esposo y la esposa, diferentes pero iguales en dignidad, se entregan el uno al otro como Cristo se entrega a su Iglesia.

De este modo, San Pablo no es misógino ni conservador, sino profundamente transformador. Su mensaje no puede leerse como defensa de estructuras patriarcales, sino como una semilla del Evangelio que, con el tiempo, germina en una visión nueva de la mujer, del hombre y de la relación entre ambos.

El principio cristiano de la mutua entrega en el amor, enraizado en Cristo, contiene en germen la superación de toda forma de desigualdad.

Por eso, este texto no debe temerse, sino releer a la luz del Espíritu: lo que Pablo quiso decir no fue “que uno mande y otro obedezca”, sino “que ambos se amen como Cristo nos amó”.

Allí donde el amor es mutuo y gratuito, florece la verdadera igualdad; y allí donde Cristo es el centro, la familia se convierte en sacramento del Reino.

“El amor que todo lo sostiene” (1 Cor 13)

San Pablo no reduce el amor al ámbito emocional. Cuando escribe a los Corintios, lo hace a una comunidad viva, pero dividida, llena de dones y conflictos. En ese contexto, les revela el “camino mejor de todos” (1 Cor 12, 31): el amor como caridad, el ágape, que es el mismo amor con que Dios ama.

Este amor no es fruto de un esfuerzo moral, sino don del Espíritu (Rom 5, 5). Es el amor que “todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta” (1 Cor 13, 7). Es un amor que no busca lo suyo, que no se irrita, que no lleva cuentas del mal. En el matrimonio y la familia, esta caridad es el rostro concreto del amor cristiano: la paciencia en los tiempos difíciles, la alegría en el servicio, la capacidad de recomenzar y perdonar.

Cuando Pablo describe este amor, no lo hace pensando solo en la comunidad eclesial, sino también en las comunidades domésticas, en los hogares donde se viven las mismas tensiones, heridas y reconciliaciones. El amor con que Cristo ama a la Iglesia se convierte, así, en la medida del amor conyugal (Ef 5, 25).

Por eso, para San Pablo, el amor es la forma de toda virtud y la plenitud de la ley (Rom 13, 8-10). En la familia, este amor se expresa en gestos muy concretos: la ternura que no humilla, la palabra que consuela, la paciencia que sostiene, el perdón que reconstruye. La casa cristiana se convierte así en un pequeño laboratorio del Amor de Dios, donde cada miembro aprende a amar “no solo de palabra, sino de verdad y con obras” (1 Jn 3, 18).

Palabras del Padre Caffarel

“Les dejo para terminar, el ejemplo de este matrimonio que debería ser el patrón de la hospitalidad cristiana: Aquila y Priscila. Estos tejedores judíos instalados en Corinto recibieron un día la visita de uno de sus compatriotas en busca de trabajo. Aceptaron contratarlo y su nuevo empleado no tardó en darse a conocer. Era Pablo, recientemente llegado al gran puerto cosmopolita y estaba sin recursos, su obrero, su huésped y, se iba a convertir en su maestro y padre espiritual. Por su palabra y por su ejemplo, se convirtieron a Cristo y abrieron su casa a los neófitos de la gran ciudad. Cuando Pablo se fue a Éfeso y más tarde a Roma, le acompañaron. Y siempre lo hicieron para cumplir el mismo servicio; tener una morada abierta para que los nuevos convertidos se sintieran como si fuera su casa. En ella se celebraba la Eucaristía. Me

complace pensar que la profunda intuición que Pablo desarrolló sobre las grandezas del matrimonio maduró lentamente gracias a los años que pasó en casa de estos esposos, que fueron sus amigos y sus colaboradores. ¿No será en el espejo de su amor mutuo donde Pablo vio reflejarse los esponsales de Cristo y de la Iglesia?

Hoy en día, como hace veinte siglos, los sacerdotes no pueden prescindir de la colaboración de los esposos y sus familias: el sacerdote es Cristo que va al encuentro de los hombres para transmitirles el mensaje del Señor, el hogar es la Iglesia que acoge en su seno para protegerles, alimentarles y darles vida, a aquellos que la palabra misionera ha ganado para Dios”.

Henri Caffarel, Anneau d’Or, n°111-112, El matrimonio, ese gran sacramento, mayo-agosto 1963, pp. 275-287, “Aquila y Priscila”

Preguntas para preparar el diálogo conyugal

En sus cartas, Pablo saluda a las comunidades que se reúnen “en la casa de...” (Rom 16, 5; 1 Cor 16, 19).

La casa cristiana es el primer espacio donde se vive la fe: donde se aprende a rezar, a perdonar, a compartir, a servir. Es el lugar donde el Amor de Dios se hace visible en gestos sencillos: ¿De qué manera nuestra casa refleja la fe que profesamos? ¿Qué signos concretos del Amor de Dios se hacen presentes en nuestra vida familiar (hospitalidad, perdón, gratuidad...)? ¿Cómo podemos cuidar la dimensión espiritual de nuestro hogar para que sea realmente una “Iglesia doméstica”?

San Pablo nos invita a mirar el amor con los ojos de Cristo: “Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella” (Ef 5, 25).

No se trata de dominio ni de sometimiento, sino de un amor que se dona libremente, que busca el bien del otro antes que el propio. En nuestra relación, ¿Cómo vivimos este amor que se entrega y no se impone? ¿En qué momentos hemos experimentado que amar al otro nos lleva a parecernos más a Cristo? ¿Qué gestos cotidianos podríamos cuidar para que nuestro amor sea más servicio que exigencia?

Desarrollo de la reunión

Pistas de reflexión para la puesta en común

En esta reunión, queremos dejarnos iluminar por la enseñanza de San Pablo y descubrir cómo el Evangelio transforma la vida familiar desde dentro, haciendo de la casa un lugar donde Cristo habita y actúa.

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

En la puesta en común de este mes les invitamos a compartir cómo durante este tiempo entre el anterior encuentro del equipo y este momento, en qué situaciones concretas hemos reconocido nuestra familia como espacio de fe; en cómo el amor paciente y entregado, del que habla Pablo, se ha hecho presente en nuestra vida cotidiana; y en cómo la experiencia de pertenecer a la gran familia de la Iglesia nos ayuda a vivir nuestras relaciones familiares con una mirada más evangélica y esperanzada.

Participación

Al escuchar a San Pablo, descubrimos que el Evangelio no se vive solo en el templo, sino en la casa. Las primeras comunidades cristianas nacieron alrededor de mesas familiares, en hogares abiertos donde se rezaba, se compartía la vida y se aprendía a amar como Cristo. Esto nos ayuda a mirar nuestra familia no solo como un espacio privado, sino como una pequeña Iglesia doméstica, llamada a hacer visible el Amor de Dios en lo cotidiano.

Este tema nos invita a reconocer cómo, en nuestra propia experiencia, la escucha de la Palabra de Dios va modelando poco a poco nuestra manera de vivir en familia. No se trata de grandes momentos, sino de la oración y reflexión sencilla de la palabra de cada día, del compartir entre nosotros lo que las lecturas dominicales han resonado... de modo que dejemos que el Evangelio ilumine lo que somos y lo que vivimos ¿cómo nos ha ayudado a tomar conciencia de que nuestra familia está llamada a ser Iglesia doméstica, no por lo que dice, sino por cómo ama, perdona y acoge?

La oración conyugal aparece entonces como un lugar privilegiado para aprender el amor del que habla San Pablo: un amor paciente, servicial, capaz de perdonar y de recomenzar. Al rezar juntos, nuestra vida se va dejando transformar por ese amor que “todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta”, y que hace de la relación conyugal un signo vivo del amor de Cristo ¿Cómo nos fortalece para vivir nuestra vocación matrimonial fiándonos más de la acción del Espíritu que de nuestras propias fuerzas? ¿Nos está ayudando de algún modo en nuestra vocación evangelizadora?

La Regla de Vida, por su parte, nos ayuda a traducir este amor en opciones concretas. No como una exigencia añadida, sino como un apoyo sencillo que orienta nuestra vida familiar hacia una mayor coherencia entre la fe que profesamos y la manera en que nos relacionamos, acogemos y servimos.

La Oración

Tomemos un momento de silencio para acoger la Palabra que San Pablo dirige

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

a la comunidad y que hoy resuena en nuestras casas y en nuestras familias:

Lectura de la primera carta de San Pablo a los Corintios, (1 Cor 13, 1-10).

¹Si hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tengo amor, no sería más que un metal que resuena o un címbalo que aturde. ²Si tuviera el don de profecía y conociera todos los secretos y todo el saber; si tuviera fe como para mover montañas, pero no tengo amor, no sería nada. ³Si repartiera todos mis bienes entre los necesitados; si entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tengo amor, de nada me serviría. ⁴El amor es paciente, es benigno; el amor no tiene envidia, no presume, no se engríe; ⁵no es indecoroso ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; ⁶no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. ⁷Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. ⁸El amor no pasa nunca. Las profecías, por el contrario, se acabarán; las lenguas cesarán; el conocimiento se acabará. ⁹Porque conocemos imperfectamente e imperfectamente profetizamos; ¹⁰mas, cuando venga lo perfecto, lo imperfecto se acabará. (1 Cor 13, 1-10).

A la luz de la Palabra que hemos escuchado, dejamos un momento de silencio para reconocer que el amor del que habla San Pablo no es una idea ni un ideal lejano, sino una obra del Espíritu que se encarna en nuestra vida conyugal y familiar.

En este momento, damos gracias a Dios por las distintas formas en que su amor se ha hecho concreto en nuestra pareja y en nuestra familia, como fruto de su gracia en nosotros.

Cada miembro del equipo puede elegir una acción de gracias que refleje su experiencia, como es algo muy personal se pueden repetir las veces que sea.

- Te damos gracias, Señor, por el amor paciente, que nos ha sostenido en los tiempos de espera y dificultad.
- Te damos gracias, Señor, por el amor benigno, que se ha expresado en gestos sencillos de cuidado y atención.
- Te damos gracias, Señor, por el amor que no tiene envidia y nos ha permitido alegrarnos del bien del otro.
- Te damos gracias, Señor, por el amor que no presume ni se engríe, y nos ha ayudado a vivir con humildad.
- Te damos gracias, Señor, por el amor que no es egoísta, que nos ha enseñado a salir de nosotros mismos.

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

- Te damos gracias, Señor, por el amor que no se irrita, y ha traído paz en los momentos de tensión.
- Te damos gracias, Señor, por el amor que no lleva cuentas del mal, y ha abierto caminos de perdón.
- Te damos gracias, Señor, por el amor que goza con la verdad, y nos ha ayudado a vivir con sinceridad.
- Te damos gracias, Señor, por el amor que todo lo excusa, cuando hemos sabido comprender la fragilidad.
- Te damos gracias, Señor, por el amor que todo lo cree, y nos ha permitido confiar de nuevo.
- Te damos gracias, Señor, por el amor que todo lo espera, aun cuando el futuro parecía incierto.
- Te damos gracias, Señor, por el amor que todo lo soporta, y ha permanecido fiel en la prueba.
- Te damos gracias, Señor, porque este amor no pasa nunca, y sabemos que es don tuyo y obra de tu Espíritu.

Terminamos la oración con el Padre Nuestro.

Cambio de impresiones sobre el tema - Algunas pistas

- "La Iglesia es una familia de familias, llamada a ser signo del Amor de Dios en la historia. Cada familia cristiana prolonga y encarna en lo cotidiano la comunión de la gran familia eclesial."
- "En el matrimonio y la familia, esta caridad es el rostro concreto del amor cristiano: la paciencia en los tiempos difíciles, la alegría en el servicio, la capacidad de recomenzar y perdonar."

Estas dos citas del tema podrían ser un resumen en "titulares" del contenido de este capítulo. En ellos se habla de comunión, de alegría y de la capacidad de perdonar y de renacer. Para san Pablo la vida familiar es fundamental para poder comprender el Reino, pues es ahí donde se manifiesta el amor de Cristo.

Sin embargo, cada familia tiene sus costumbres, su cultura y su manera de expresar su amor. Y cada vez que un hombre y una mujer comienzan la aventura de fundar una familia, van a poner en juego aquello que han vivido,

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

cómo lo han vivido y, al mismo tiempo, lo van a hacer nuevo. Esta experiencia puede ser una de las más bonitas de las vidas de los nuevos esposos o puede convertirse en un obstáculo insalvable si no se sabe aportar y respetar simultáneamente. ¿Qué recuerdos tienen de las dificultades superadas en esos momentos fundacionales de sus familias? ¿Cómo supieron recomenzar y perdonar? ¿Les ayudó la oración o alguno de los puntos de esfuerzo, si ya eran miembros de los Equipos? ¿Les ayudaron algunos de los miembros de sus familias de procedencia o amigos cercanos? El Padre Caffarel nos habla de la hospitalidad y en origen era una de las obligaciones de la Carta Fundacional, ¿qué lugar ocupa la acogida y la hospitalidad en su hogar?

Capítulo 8

La transmisión de la fe en la familia

“Estas palabras... se las repetirás a tus hijos”
(Dt 6, 6-7).

Objetivos

1. Redescubrir la familia como el primer lugar donde la fe se transmite y se celebra.
2. Vivir el amor familiar como expresión concreta del Evangelio.
3. Aprender a confiar en Dios, reconociendo que la fe es un don que crece en libertad y tiempo, más allá de nuestras manos.

Lectura de la Palabra

Lectura de la segunda carta del apóstol San Pablo a Timoteo 1, 3-7; 3, 14-17.

Doy gracias a Dios, a quien sirvo con conciencia limpia como mis antepasados, porque sin cesar te recuerdo en mis oraciones noche y día.

Al acordarme de tus lágrimas, anhelo verte para llenarme de alegría. Evoco la fe sincera que hay en ti, esa fe que antes habitaron tu abuela Loida y tu madre Eunice, y estoy seguro de que también habita en ti.

Por eso te recomiendo que reavives el don de Dios que recibiste por la imposición de mis manos. Porque Dios no nos ha dado un espíritu de temor, sino de fortaleza, de amor y de templanza. Permanece en lo que aprendiste y creíste, sabiendo de quiénes lo aprendiste, y que desde niño conoces las Sagradas Escrituras, que pueden darte la sabiduría que conduce a la salvación mediante la fe en Cristo Jesús.

Toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para educar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, preparado para toda obra buena.

Comentario

Introducción

A lo largo de este camino hemos ido contemplando, paso a paso, cómo la familia atraviesa toda la historia de la salvación como su hilo invisible y su corazón vivo. Desde el principio, la Biblia nos revela que la vida humana no se entiende en soledad: “No es bueno que el hombre esté solo” (Gn 2, 18). En la comunión entre el hombre y la mujer —imagen y semejanza de Dios— se manifiesta el misterio mismo del Creador, que es amor y comunión. La familia nace así del designio divino como espacio donde el amor se hace fecundo, donde la vida se acoge, se cuida y se transmite.

En los patriarcas descubrimos que la historia de la salvación comienza en una casa, en una tienda que se pone en camino. Dios llama a Abrahán y a Sara a salir de su tierra, y en ellos hace de una familia el germen de un pueblo. En su historia —llena de luces y sombras, de promesas y esperas— aprendemos que la fe se transmite no tanto por herencia biológica, sino por confianza en la promesa. La bendición de Dios pasa de generación en generación, a pesar de todo su pecado, como vimos en Isaac y Jacob, tejiendo una red de alianzas que sostienen la esperanza del pueblo.

Los profetas, más tarde, revelan el rostro apasionado de ese Amor de Dios, comparándolo con el amor sponsal entre un hombre y una mujer: un amor fiel, celoso, que no se resigna a perder al amado. En Oseas, Isaías o Ezequiel, la historia de Israel se entiende como una historia familiar: Dios esposo, su pueblo esposa infiel, y una alianza siempre renovada. En el Cantar de los Cantares, esa imagen alcanza su cumbre poética: el amor humano —con su ternura, su deseo, su espera y su entrega— se convierte en espejo del Amor divino. La casa y el corazón se hacen templo donde Dios se deja encontrar.

Al llegar al Evangelio, la revelación alcanza su plenitud: Dios mismo entra en una familia humana. El misterio de la Encarnación acontece en el hogar de Nazaret, en el sí de María, en la obediencia de José, en la vida escondida del Hijo. La familia se convierte en el lugar donde Dios habita y donde la humanidad aprende a llamar a Dios “Padre”. La familia ya no es solo un vínculo de sangre, sino un espacio de comunión en el Espíritu, abierto al amor universal.

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

Con San Pablo, la mirada se amplía aún más. El Apóstol, profundamente marcado por la experiencia del Cristo resucitado, descubre que toda la existencia cristiana tiene una forma familiar. En sus cartas, Pablo invita a las comunidades a vivir como “casa de Dios” (1 Tim 3, 15), a reconocerse hermanos y hermanas en Cristo, a amarse con un amor que “todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta” (1 Cor 13, 7). En el mundo grecorromano, donde la casa (oikos) era el centro de la vida social y religiosa, Pablo anuncia que el hogar cristiano puede convertirse en una Iglesia doméstica: una pequeña comunidad donde Cristo es el Señor, donde los vínculos se transforman en servicio y el poder se convierte en don.

Y así llegamos al final de nuestro recorrido. Tras recorrer la creación, los patriarcas, los profetas, el amor sponsal, el hogar de Nazaret y la misión paulina, hemos comprendido que la familia no solo es un escenario de la fe, sino su cauce privilegiado. La familia cristiana está llamada a ser memoria viva del Evangelio, lugar de transmisión y testimonio, escuela de fe, esperanza y caridad.

Desde los orígenes del pueblo de Dios, la fe se ha transmitido en el marco de una mesa, de una fiesta, de un hogar: así sucede en la Pascua, cuando los hijos preguntan y los padres narran las maravillas de Dios (cf. Ex 12, 26-27). También hoy, cada familia cristiana celebra su “pascua” cotidiana cuando reza, cuando perdona, cuando sostiene la esperanza en medio de las pruebas. En la casa se aprende a creer no tanto por lecciones, sino por gestos, por fidelidades silenciosas, por el amor que educa y acompaña.

Por eso, la familia sigue siendo el corazón de la Iglesia y su primera escuela de evangelización. Allí donde un padre o una madre enseña a sus hijos a orar, donde se comparte el pan y se aprende a perdonar, donde se confía en Dios en medio de la vida, allí la fe se hace historia. Y aunque a veces esa fe parezca dormida o apagada, sigue siendo semilla viva, depositada en el corazón por el Espíritu, que sabrá hacerla brotar a su tiempo.

Comentario

Una historia familiar de salvación

La fe ha nacido y crecido en el seno de las familias. Dios se revela en medio de una historia doméstica: la de Abrahán, Sara y su descendencia. La promesa pasa de generación en generación como una bendición familiar, un hilo invisible que une la experiencia de fe de los padres con la de los hijos.

La primera escuela de fe no fue una sinagoga ni un templo, sino la casa. Allí, en la vida cotidiana, los padres enseñaban a los hijos a bendecir, a agradecer

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

y a confiar en el Señor. El libro del Deuteronomio lo expresa con fuerza:

“Estas palabras que yo te mando hoy estarán en tu corazón; se las repetirás a tus hijos, hablarás de ellas cuando estés en casa y cuando vayas de camino, al acostarte y al levantarte” (Dt 6, 6-7).

Transmitir la fe no es ante todo enseñar unas ideas, sino compartir una experiencia viva: la memoria de lo que Dios ha hecho y sigue haciendo. La fe se comunica como se transmite el amor: por contagio, por testimonio, por cercanía.

La familia es el primer lugar donde el ser humano aprende a creer, porque allí se experimenta la confianza, la fidelidad, el amor que sostiene. No es casual que los grandes momentos de la historia de la salvación estén marcados por gestos familiares: una madre que protege (Moisés y su madre), un padre que bendice (Isaac), un hijo que obedece (Samuel), una esposa que confía (Rut)... En la familia se aprende el lenguaje del amor, que es el mismo lenguaje de la fe.

Transmitir la fe es un mandato

Transmitir la fe no es una iniciativa voluntaria o un gesto de buena voluntad de los padres más piadosos: es un mandamiento divino, inscrito en el corazón mismo de la Alianza. El “Shemá Israel”, núcleo de la confesión de fe del pueblo hebreo, une inseparablemente el amor a Dios y su transmisión a los hijos. “Escucha” —shemá— no es una invitación pasiva, sino una llamada activa a acoger y encarnar la Palabra. En el corazón del pueblo elegido, la fe se transmite por mandato: “Estas palabras que yo te mando hoy estarán en tu corazón; se las repetirás a tus hijos” (Dt 6, 6-7).

El Deuteronomio muestra así que la transmisión de la fe no es un acto individual, sino un acto familiar y comunitario, donde toda la casa participa. El pueblo judío comprendió que la fidelidad a la Alianza dependía de la transmisión viva de la memoria: cada padre debía contar a sus hijos la historia de la liberación —“éramos esclavos del faraón en Egipto, y el Señor nos sacó con mano fuerte...” (Dt 6, 21)—. Así, la fe no se enseña como una doctrina, sino como un relato vivo de amor y liberación.

En cada cena de Pascua, la pregunta del hijo —“¿por qué esta noche es diferente de las demás?”— se convierte en el corazón pedagógico de la fe: el hijo pregunta, el padre narra, y la historia de salvación se renueva. El hogar judío se hace templo; la mesa, altar; la palabra, memoria viva. El hogar es el primer santuario de la fe, la cuna donde se aprende a escuchar y bendecir el Nombre del Señor.

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

Así creció también Jesús, que “avanzaba en sabiduría, en estatura y en gracia” (Lc 2, 52). María y José transmitieron a su Hijo la fe de Israel, lo iniciaron en la oración, en la lectura de la Torá, en la liturgia del sábado, en la bendición cotidiana. La Encarnación pasó por la transmisión de la fe en un hogar creyente: Dios quiso aprender la fe en familia, para que nosotros entiendiéramos que la fe se hereda viviendo, no solo enseñando.

San Pablo, escribiendo a Timoteo, recuerda esta herencia:

“Desde niño conoces las Sagradas Escrituras, que pueden darte la sabiduría que lleva a la salvación mediante la fe en Cristo Jesús” (2 Tim 3, 15).

Timoteo había recibido la fe de su madre Eunice y de su abuela Loide (2 Tim 1, 5): tres generaciones unidas por una misma confesión. Así es como la fe pasa de corazón a corazón: no por instrucción, sino por contagio, como una llama que se enciende con otra.

El Concilio Vaticano II retomará esta intuición al llamar a la familia “Iglesia doméstica” (Lumen gentium 11). En ella, los padres son los primeros heraldos de la fe, llamados a anunciar el Evangelio con su palabra y con su vida. No son catequistas por delegación, sino testigos por vocación. En su amor recíproco y en su fidelidad cotidiana, se hace visible el amor de Cristo a su Iglesia (cf. Ef 5, 25-33).

Transmitir la fe, por tanto, no consiste solo en hablar de Dios a los hijos, sino en mostrarles a Dios en la vida de los padres: en la oración compartida, en el perdón pedido, en la Eucaristía celebrada juntos, en el cuidado de los pobres, en la alegría del servicio. La familia creyente evangeliza viviendo con coherencia. “No se transmite lo que no se vive”, y solo la fe encarnada convence.

El hogar cristiano, como el judío, necesita signos visibles: una Biblia abierta, una cruz, un rincón de oración, una corona de Adviento, un Belén... Los signos educan la mirada y despiertan la memoria. En un mundo que olvida, los signos son los recordatorios de la Alianza: hablan cuando el corazón calla.

La oración en el hogar: fuente de unidad y escuela de vida

La oración familiar es el alma de la transmisión de la fe. No basta con asistir juntos a la Misa dominical; es necesario que la fe se respire en la vida cotidiana del hogar, allí donde se comparte el pan, se discute, se ríe o se llora. La oración en casa santifica el tiempo y los gestos simples, y convierte la jornada en liturgia.

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

Desde las primeras comunidades cristianas, la fe se vivió en las casas: “Partían el pan en las casas y comían juntos con alegría y sencillez de corazón” (Hch 2, 46). Aquellas *domus Ecclesiae* fueron el germen de la Iglesia: la evangelización nació en los hogares. La mujer desempeñó un papel esencial en ellos —como María, Lidia o Priscila—, acogiendo a la comunidad y sosteniendo la fe desde la intimidad doméstica.

Orar en familia requiere constancia, creatividad y paciencia: un Padrenuestro antes de dormir, una lectura del Evangelio del domingo, una vela encendida en el Adviento, una bendición antes de comer. Son gestos pequeños, pero, con fuerza sacramental: enseñan que Dios habita entre nosotros. La oración no se improvisa: se hereda, se aprende de los labios de los padres, como el niño judío aprendía el Shemá al dormirse.

Transmitir la fe es, en definitiva, engendrar en el Espíritu, como María engendró al Verbo. Ella, la Madre de la fe, y José, su custodio, son modelo y compañía. En Nazaret, la Palabra se hizo vida cotidiana; allí aprendió Jesús a orar, a trabajar, a amar.

“Una generación pondera tus obras a la otra y le cuenta tus hazañas” (Sal 144, 4).

Sin embargo, la fe no se transmite como una herencia humana ni se impone por obligación. La fe es un don, una gracia que sólo Dios puede suscitar en el corazón. Los padres son mediadores, no dueños de la fe de sus hijos. Pueden sembrar, regar y acompañar, pero el crecimiento lo da Dios (cf. 1 Cor 3, 6).

Cuando llega la adolescencia, o los momentos de rechazo o de duda, no hay que perder la esperanza. El amor paciente mantiene encendida la fe en silencio. “El amor todo lo excusa, todo lo espera, todo lo soporta” (1 Cor 13, 7). La transmisión de la fe es lenta, a veces dolorosa, pero fecunda: “Yo planté, Apolo regó, pero fue Dios quien dio el crecimiento” (1 Cor 3, 6).

Por eso, cuando los hijos se alejan o viven sin fe, no hay culpa, sino esperanza. La semilla sembrada en la infancia —una palabra, un gesto, una oración compartida— permanece viva en el corazón, aunque no se vea. El Espíritu actúa en el tiempo y en los caminos de cada uno, incluso en los que parecen alejados.

Transmitir la fe significa amar sin condiciones, como el Padre del hijo pródigo (Lc 15): esperar, confiar, acoger siempre. La victoria no es de quien tiene razón, sino de quien más ama. Ese amor paciente y fiel es, en sí mismo, la mejor catequesis y la más profunda confesión de fe.

Palabras del Padre Caffarel

“Muy pronto la pareja se convierte en familia. La oración conyugal se convierte de manera natural en oración en familia. No digo que desaparezca, sustituyendo a la oración conyugal, sino que se amplía (...)

La oración familiar debe darle un espacio significativo a la Palabra de Dios (...) a condición de que esta lectura no esté elegida al azar, sino que esté preparada. Después de haber escuchado a Dios que habla en la Biblia, hay que responderle, pero antes hay que dejar que esa Palabra penetre en cada uno. Para ello un tiempo de silencio es necesario. Es de una importancia capital aprender a callarse juntos delante de Dios. (...) Sería sin embargo, un error dejar de lado las oraciones vocales. (...) Con bastante frecuencia a los niños les gusta decir en voz alta sus peticiones, lo que les permite tener parte activa en la oración. Aprecian enormemente las intenciones que sus padres expresan, cuando se trata de las grandes preocupaciones de la Iglesia y del mundo. Podemos añadir que los padres con la oración en familia encuentran un medio privilegiado para entender mejor el alma de sus hijos.

La oración personal hecha en voz alta es un medio extraordinario de enseñar a los niños a hablar de Dios. Los niños que no escuchan más que oraciones ya construidas no adquirirán jamás la espontaneidad de un alma filial que se dirige a su Padre. Estas diversas partes de la oración pueden sucederse en un tiempo relativamente breve. Es bueno que la oración en familia sea corta, máximo diez minutos, viva, sencilla y variada. (...) Hay dificultades que son muy reales y no se las puede desconocer. Unas se deben a la presencia simultánea de niños pequeños y mayores en la oración en familia. No habría que alinearse con los pequeños, si no se quiere que, muy pronto, los más mayores abandonen la oración. Otras son consecuencia de la psicología de los adolescentes. Estos en general, manifiestan poco entusiasmo por participar en la oración familiar. Conseguirlo es un gran arte que algunos hogares saben practicar por ellos mismos, o bien lo hacen con ayuda de un método apropiado y atractivo que combine conocimiento psicológico y espiritual. Lo que es importante es no culpabilizarse por ese alejamiento. No es falta de los padres ni tampoco siempre de los hijos”.

Henri Caffarel, Anneau d’Or, 111-112, mayo-agosto 1963. La oración en familia.

Preguntas para preparar el diálogo conyugal

Transmitir la fe no es, ante todo, enseñar cosas sobre Dios, sino vivir de tal modo que Dios pueda ser descubierto en la vida cotidiana.

- Cuando miran su vida matrimonial y familiar, ¿qué lugar real ocupa la fe en su día a día? ¿Está integrada de manera natural o queda relegada a momentos puntuales?
- ¿En qué gestos, actitudes o decisiones concretas creen que su familia transmite fe, incluso sin palabras? ¿Y en qué aspectos sienten que hay incoherencias o silencios que les cuestan?
- Ante las nuevas generaciones (hijos, nietos, jóvenes cercanos...), ¿qué miedos, dudas o resistencias aparecen en ustedes a la hora de hablar de Dios o de proponer un camino de fe? ¿Qué les ayuda a no renunciar a esta misión?

Desarrollo de la reunión

Pistas de reflexión para la puesta en común

En esta puesta en común les invitamos a algo diferente, no se trata de hablar de lo que ha ocurrido este mes, sino lo que vivimos en la historia de nuestra familia.

En este momento es importante situarnos desde la confianza y no desde la culpabilidad. La transmisión de la fe no es un resultado que se mide, sino un acto de amor que se ofrece. Jesús mismo nos lo enseñó en la parábola del sembrador: el sembrador sale cada mañana a sembrar, sin controlar dónde caerá la semilla ni qué fruto dará.

Algunas semillas caen al borde del camino y vienen los pájaros y se las llevan. También en la vida de nuestros hijos aparecen “pajarracos”: influencias, palabras, experiencias o heridas que parecen borrar lo que con amor hemos sembrado. Otras semillas caen en terreno pedregoso: momentos de entusiasmo superficial, de fe frágil, que no tiene raíces y se apaga cuando llegan las dificultades. Otras caen entre espinos: preocupaciones, decepciones, sufrimientos o conflictos que ahogan lo que parecía crecer.

Y, sin embargo, el sembrador no deja de sembrar. No selecciona el terreno, no se desanima, no se reprocha el fruto. Sigue saliendo cada día, confiando. A veces, sin que sepamos cómo ni cuándo, alguna semilla cae en tierra buena y da fruto.

Nuestros hijos o nietos atraviesan todos esos terrenos a lo largo de su vida, como nosotros mismos. Transmitir la fe no significa garantizar el resultado, sino permanecer fieles al gesto de sembrar: una palabra, una oración, un testimonio, una presencia amorosa. El fruto no nos pertenece. El tiempo tampoco. Ambos son de Dios.

Participación

La familia es el primer lugar donde la Palabra se escucha, donde la oración se aprende y donde los gestos cotidianos educan en la confianza en Dios. Por eso, al compartir ahora la participación, estamos invitados a mirar nuestros puntos de esfuerzo como cauces concretos de transmisión de la fe.

Les proponemos algunas pistas para la participación. Como todo lo demás, úsenlas en la medida en que les ayuden.

- A la luz de este tema, ¿cómo los puntos concretos de esfuerzo nos ayudan a crear un clima familiar donde la fe pueda ser acogida y transmitida con libertad y alegría?
- En este mes ¿de qué manera la escucha de la Palabra ha alimentado nuestra fe personal y conyugal, haciéndola más viva y, por tanto, más transmisible?
- ¿Cómo la oración conyugal nos ayuda a asumir juntos la responsabilidad de transmitir la fe, no como una carga, sino como una misión confiada por Dios?
- En el diálogo conyugal ¿somos capaces de hablar con verdad de nuestra fe, de lo que creemos, de lo que dudamos, de lo que nos cuesta transmitir?
- ¿Qué frutos vemos cuando lo hacemos juntos?

La Oración

Tomemos un momento de silencio para ponernos en la presencia del Señor, reconociendo con humildad y confianza la obra que Él ha realizado en nuestras familias a lo largo de este camino.

Escuchamos en nuestro corazón las palabras del apóstol Pablo:

Lectura de la segunda carta del Apóstol San Pablo a Timoteo, 2 Tim 1, 3-5.

“Doy gracias a mi Dios cada vez que te recuerdo en mis oraciones...

Evoco la fe sincera que hay en ti, esa fe que antes habitaron tu abuela y tu madre, y estoy seguro de que también habita en ti”
(cf. 2 Tim 1, 3-5).

Leemos en silencio esta oración y la hacemos cada uno nuestra:

Señor, ante Ti ponemos nuestra historia familiar, con sus luces y sus sombras, con las semillas sembradas con amor y con aquellas que parecen haberse perdido en el camino. Tú conoces nuestros deseos, nuestras heridas y también nuestra esperanza silenciosa.

Como Pablo, queremos comenzar dando gracias. Gracias, Señor, por la fe recibida, por las personas que nos la transmitieron —padres, abuelos, parroquia, equipos, comunidades— por las palabras sencillas, los gestos cotidianos, las oraciones compartidas y los silencios habitados por Ti.

Te damos gracias, Señor, porque Tú has puesto en nuestras familias un espíritu no de temor, sino de fortaleza, de amor y de sobriedad.

Gracias por sostenernos cuando dudamos, por levantarnos cuando nos sentimos frágiles, por seguir obrando incluso cuando no vemos frutos.

Hoy queremos presentarte a nuestros hijos y nietos. Te los confiamos tal como son, en los caminos que recorren, en sus búsquedas, sus preguntas y sus resistencias.

Líbranos de la culpabilidad y del desaliento; enséñanos a sembrar sin apropiarnos del fruto, a amar sin condiciones, a esperar sin imponer tiempos.

Te pedimos, Señor, que nos ayudes a permanecer en lo que hemos recibido, a cuidar la Palabra que habita en nuestro hogar, a dejar que las Escrituras sigan educando nuestro corazón y dando sabiduría para la vida.

Haz de nuestras familias hogares donde se escuche tu Palabra, donde la oración tenga un lugar sencillo y verdadero, donde el amor vivido sea el primer anuncio del Evangelio.

Cada uno puede repetir en voz alta la frase o frases que más le hayan ayudado de esta oración.

Terminamos rezando el Padre Nuestro.

Cambio de impresiones sobre el tema - Algunas pistas

Nos encontramos ante uno de los temas que más dolor causan entre muchos de nosotros, pues todos tenemos cierta experiencia de “fracaso” en la transmisión de la fe entre nuestros hijos y nietos. Sin embargo, como acabamos de leer, no nos corresponde valorar el resultado sino permanecer fieles en la siembra. Nuestros hijos desarrollarán en su vida su experiencia de fe a su manera, no a la nuestra. En sus tiempos, no en los nuestros y, seguramente, lo peor que podríamos hacer es desfallecer o flaquear. Ser fieles al amor de Jesús y ser fieles al amor que nos tenemos y que les hemos mostrado será la mejor manera de transmitir fe, que es una palabra que tiene la misma etimología que fidelidad. Vivamos pues la fidelidad para poder transmitir la fe, sin fijarnos metas ni objetivos. Lo que viva cada uno de nuestros hijos e hijas en sus corazones, estará estrechamente vinculado con esta fidelidad que mostremos.

- ¿Qué les ha llamado más la atención de este tema sobre la transmisión de la fe?
- Compartan cómo confiamos en Dios para cultivar las semillas de la fe que hemos plantado en la vida de nuestros hijos y cómo continuamos sembrando en sus vidas. ¿Qué podemos aprender del ejemplo de Santa Mónica y San Agustín?
- Después de trabajarlo, ¿cómo entienden hoy su responsabilidad —personal y familiar— en la transmisión de la fe, más allá de los resultados visibles?
- ¿Qué llamada concreta se llevan para cuidar la fe en su hogar y permitir que Dios siga escribiendo una historia de salvación en su familia?
- ¿en qué momentos han descubierto que la fe se transmite más por lo que se vive que por lo que se dice?
- A partir del texto del tema ¿qué experiencias concretas pueden compartir sobre la oración en familia como fuente de unidad, de sentido o de reconciliación?
- ¿Qué dificultades reales encuentran hoy para transmitir la fe en su familia (cansancio, falta de tiempo, distancia generacional, rechazo, indiferencia...)? ¿Cómo las viven desde la fe?

Capítulo 9

Balance

**“El que ha inaugurado entre vosotros esta
buena obra, la llevará adelante”**

(Flp 1, 6)

Propuesta

Este capítulo tiene una estructura diferente a la del resto de las reuniones de equipo que hemos tenido a lo largo de este curso y su propósito es revisar el camino personal, de pareja y de equipo a la luz de lo vivido. Esta reunión balance se plantea como un tiempo de reflexión vivido todos juntos, bajo la mirada de Dios, para dar gracias por el camino recorrido este año. Es un diálogo conyugal del equipo, el momento de compartir y de ayudarnos en un clima de oración, verdad y comunión.

La propuesta parte de la Lectura de la Palabra y de su comentario.

Se sugiere también un esquema de preparación de esta reunión. Cada equipo puede elegir centrarse en aquellas partes que sean más adecuadas para su situación actual. Lo importante es preparar esta reunión en pareja. Juntos, al finalizar el curso, haremos balance de lo vivido, identificamos los puntos fuertes y débiles y nos preparamos para la elección de la nueva pareja responsable. Otra posible opción es que esta reunión se haga en el marco de una Eucaristía final vivida en equipo y que se adapten las propuestas a las diversas partes, como el equipo crea conveniente.

Lectura de la Palabra

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Filipenses 1, 1-11

¹Pablo y Timoteo, siervos de Cristo Jesús, a todos los santos en Cristo que residen en Filipos, con sus obispos y diáconos. ²Gracia y paz a vosotros

de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo. ³Doy gracias a mi Dios cada vez que os recuerdo; ⁴siempre que rezo por vosotros, lo hago con gran alegría. ⁵Porque habéis sido colaboradores míos en la obra del Evangelio, desde el primer día hasta hoy. ⁶Esta es nuestra confianza: que el que ha inaugurado entre vosotros esta buena obra, la llevará adelante hasta el Día de Cristo Jesús. ⁷Esto que siento por vosotros está plenamente justificado: os llevo en el corazón, porque tanto en la prisión como en mi defensa y prueba del Evangelio, todos compartís mi gracia. ⁸Testigo me es Dios del amor entrañable con que os quiero, en Cristo Jesús. ⁹Y esta es mi oración: que vuestro amor siga creciendo más y más en penetración y en sensibilidad ¹⁰para apreciar los valores. Así llegaréis al Día de Cristo limpios e irreprochables, ¹¹cargados de frutos de justicia, por medio de Cristo Jesús, para gloria y alabanza de Dios.

Comentario

San Pablo no comienza esta carta señalando carencias ni corrigiendo errores, sino dando gracias. Al mirar a la comunidad de Filipos, lo primero que brota en su corazón es la gratitud y la alegría. Esta es una clave muy importante para nuestra revisión del curso: mirar el camino recorrido desde la acción de gracias, no desde lo que “no hemos logrado”.

Pablo da gracias “cada vez que os recuerdo”. La memoria creyente no es un recuento de fallos, sino un lugar donde se reconoce la obra de Dios. Al final de este curso, también nosotros estamos invitados a recordar los temas, los encuentros, las dificultades y los pequeños avances, no para juzgarnos, sino para descubrir cómo Dios ha estado presente desde el primer día hasta hoy.

El apóstol reconoce algo fundamental: “habéis sido colaboradores míos en la obra del Evangelio”. No habla de resultados espectaculares, sino de colaboración fiel. Así también este itinerario no se ha vivido en solitario: lo hemos recorrido como matrimonios, como equipos, como Iglesia. Cada esfuerzo por escuchar la Palabra, por rezar juntos, por cuidar la relación, ha sido ya participación en la obra de Dios, aunque haya sido frágil, intermitente o silenciosa.

El versículo central lo ilumina todo: “El que ha inaugurado entre vosotros esta buena obra, la llevará adelante”. Aquí se nos libera de una carga pesada: no somos nosotros quienes llevamos el peso del crecimiento, ni en nuestra vida espiritual, ni en el matrimonio, ni en la transmisión de la fe a los hijos. Dios es quien inicia, sostiene y conduce la obra. Nuestro papel ha sido —y seguirá siendo— ofrecer disponibilidad, perseverar, volver a empezar.

Historia de salvación, historia de un pueblo, de una familia

Pablo dice algo muy hermoso: “os llevo en el corazón”. El camino cristiano no es un programa de ideas, sino una experiencia de comunión. Este curso no ha sido solo un conjunto de temas, sino una historia compartida, tejida de vínculos, escucha y acompañamiento mutuo. Ahí ya hay fruto del Espíritu, aunque no siempre se vea.

Cuando Pablo ora por la comunidad, no pide éxito ni eficacia, sino que “el amor siga creciendo en penetración y sensibilidad”. Esta frase resume muy bien el espíritu de todo el temario: no se trata de hacer más, sino de amar mejor, con un amor cada vez más discernido, más encarnado, más evangélico en lo concreto de la vida familiar.

Finalmente, habla de “frutos de justicia”, no como mérito propio, sino “por medio de Cristo Jesús”. Los frutos —si los hay— no son trofeos personales, sino signos de la fidelidad de Dios. Y si todavía no los vemos claramente, esta palabra nos sostiene: el proceso sigue abierto, la obra no está terminada.

Reunión del equipo

Acogida

El matrimonio acogedor prepara un cesto con unos papeles en blanco en los que más tarde se escribirán los nombres del matrimonio que proponemos como responsable para el curso próximo. La cesta o recipiente estará presente durante toda la reunión hasta el momento en el que decidamos hacer esa elección.

Puesta en común

Les invitamos a compartir.

- Un personaje bíblico en el que se hayan visto reflejados
- Una oración que les haya tocado el corazón
- Una propuesta que les haya ayudado
- Una idea que haya iluminado su camino
- Un momento del equipo que les haya emocionado

Participación

Les invitamos a compartir qué punto de esfuerzo les ha costado más vivir o cuál han redescubierto.

Tema de estudio

¿Cómo hemos vivido el tema de estudio de este año? ¿Nos ha ayudado a vivir la familia de otra forma?

Experiencia de movimiento

¿Cómo hemos vivido nuestra relación con el resto del Movimiento? ¿Cómo ha sido nuestra participación en los actos del sector, los servicios solicitados o el uso de la web y redes sociales?. ¿Nos sentimos parte de un Movimiento más amplio?

De todo lo vivido este año:

- ¿Qué deberíamos seguir haciendo igual?
- ¿Qué deberíamos cambiar?

La elección de los Responsables

La elección de la pareja responsable del próximo curso puede realizarse también en este clima de oración.

La pareja responsable de este curso puede comentar cómo ha vivido su responsabilidad. El equipo puede comentar si espera alguna “animación” particular de la nueva pareja responsable.

Podemos acabar rezando todos juntos:

*“Señor, estamos reunidos en tu nombre. Estamos junto a la persona a la que nos hemos unido por el sacramento del matrimonio. Estamos junto a los matrimonios y consiliario de nuestro equipo para estar atentos unos a otros y llevarlos también en nuestra oración. Señor, danos la gracia de reconocer lo que es esencial para nuestra vida de fe y abre nuestros corazones e inteligencia para que nuestro equipo sea cada día más una comunidad fraterna a tu servicio”
Amén*

Magníficat

Oración al Padre Caffarel

Anexos

Magnificat

Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí. Su nombre es Santo y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo, dispersa a los soberbios de corazón. Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes. A los hambrientos los colma de bienes y a los ricos despide vacíos.

Auxilia a Israel su siervo, acordándose de su santa alianza según lo había prometido a nuestros padres en favor de Abrahán y su descendencia por siempre.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo como era en principio ahora y siempre por los siglos de los siglos.

Amen.

Oración por la canonización del Padre Caffarel

*Dios, Padre nuestro,
pusiste en el corazón de tu siervo Henri Caffarel,
un impulso de amor que le unía sin reserva a tu Hijo
y le inspiraba para hablar de Él.
Profeta de nuestro tiempo,
enseñó la dignidad y la bondad de la vocación de cada uno
según la llamada que Jesús nos dirige a todos: “Ven y sígueme”.
Él despertó el entusiasmo de los cónyuges
ante la grandeza del sacramento del matrimonio,
imagen del misterio de unidad y de amor fecundo entre Cristo y la Iglesia.
Enseñó que sacerdotes y matrimonios
están llamados a vivir la vocación del amor.
Guió a las viudas: ¡El amor es más fuerte que la muerte!
Impulsado por el Espíritu
dirigió a muchos creyentes por el camino de la oración.
Poseído por un fuego devorador, estuvo lleno de Ti, Señor.*

*Dios, Padre nuestro,
por la intercesión de nuestra Señora
te pedimos que aceleres el día
en que la Iglesia proclame la santidad de su vida,
para que todos descubran la alegría de seguir a tu Hijo,
cada cual según la vocación del Espíritu.*

*Dios Padre nuestro, invocamos al padre Caffarel para ...
(precisar la gracia a pedir)*



Équipes Notre-Dame

Secrétariat International

49, rue de la Glacière - 7ème étage - 75013

Paris - France

contact@equipes-notre-dame.com

www.equipes-notre-dame.com